

dicciembore

semanario de izquierdas



14 ABRIL 1931



Nuestra posición

España ha hecho su revolución burguesa. La convulsión que necesitaba para liberarse de una economía feudal que perduraba en pleno siglo XX, cuando el resto del mundo civilizado asiste a los pódromos de su emancipación total, está realizada.

Nosotros, dándonos cuenta de la realidad española aceptamos, en principio, la instauración de la República que acaba de nacer. No pondremos obstáculos a su realización y consolidación, pero por nuestra misión de hombres totalmente desprovistos de prejuicios y con las miras puestas en un orden social completamente libre y emancipado, mantendremos nuestra conciencia vigilante y presta para que este movimiento de honda raigambre social no se malogre.

España, país desgraciado que ha soportado años y años de tiranía social; país sobre el que se han cernido la codicia de un Estado político de privilegio, necesita de una radical transformación de sus instituciones y en sus métodos de gobierno.

Nos unen lazos urgentes de sangre y amistad con esa clase social que, bien claro se ve, lucha por conservar su Estado de clase. Pero, por encima de la lealtad, están nuestras convicciones, firmes y desinteresadas.

Creemos que los tiempos actuales no son de predominio clasista; queremos que, en un porvenir no muy remoto, sean abolidas las diferencias de casta y clase, por medio de una democracia directa que exonere para siempre las diferencias que, aun con esta revolución triunfante, se intentase restablecer. Nuestra denominación no es la denominación burguesa, mantenedora del predominio político sobre el social. Nuestra denominación es la del pueblo trabajador, la del que sufre, produce y lucha por la desaparición de clases, por la igualdad económica y social, por la desaparición de la hegemonía de una clase sobre la otra.

Entendemos que no puede haber verdadera igualdad social, tanto en el aspecto económico como político, sin antes haber evitado el dominio del dinero sobre el hombre.

Consideramos, contra la opinión de la mayoría de nuestros republicanos, que no puede llamarse republicana y democrática una nación que mantiene la supremacía económica sobre la política. La democracia que pretendemos debe tener su asiento en una completa igualdad de derechos económicos. Que sea a modo de una pirámide cuya base amplia se asiente en la realidad, es decir sobre el predominio del esfuerzo creador, contra el aprovechamiento individual de la propiedad; que el esfuerzo sea aprovechado por el que se fatiga y produce. Y, sobre esta base, ir construyendo toda la superestructura social y política para culminar en una cúspide trascendente ideológica. En una palabra la vida sobre las opiniones discrepantes. Y, sobre ella, en su magnificencia productora ir asentando el derecho, la moral, las creencias para culminar en lo trascendente, en la religión si se quiere, como medida de comunicación con lo infinito, con lo desconocido, con el límite en donde empieza la fe, la aspiración de otro mundo en donde continuar el esfuerzo y en el que se encuentre la paz deseada como premio al trabajo libre.

Queremos evitar que una clase social, equivocada o interesada, explote el trabajo ajeno. Nuestra labor, ingrata y sin recompensa halagadora, se orientará hacia una crítica severa de todo aquello que tienda al privilegio en la República. en lo constructivo será a modo de un gran esfuerzo doctrinal por edificar el estado del mañana, libre de predominio de casta y clase; nos serviremos de la ciencia como medio de liberación humana, con la ausencia absoluta de interés partidista y de partidismos sectarios.

Simplemente, aspiramos con vehemencia a que la sociedad sea el árbitro de sus destinos. Y, como entendemos que la democracia que se pretende no es la que desea el pueblo trabajador, colaboraremos de una manera entusiasta y enérgica para que esta república no derive hacia rumbos de orientación estrecha y determinada.

Queremos que la más numerosa y ultrajada de las clases sociales, haga valer decididamente sus derechos y sus quejas; queremos que los Derechos del Hombre no sean letra muerta, como ocurre en gran parte de las repúblicas estatuidas; queremos que esta conquista de las libertades ciudadanas no se convierta en preferencia del capitalista y del burgués sobre los derechos individuales del hombre, como ocurrió en la república francesa del 89; queremos exaltar a los rebeldes de la miseria obrera y campesina, contagiarnos con sus necesidades, aspiraciones y deseos; establecer esa estrecha solidaridad de inteligencias, sensibilidades y voluntades que sean como el anuncio de un mañana mejor, pacificado y libre.

Reconocemos sin contaminarnos, esa emoción teatral que incita al hombre a manifestarse al romper la válvula de su opresión; pero no nos turba ni arrastra.

Nuestra posición, de lealtad desinteresada y noble, es la consecuencia de un meditado propósito de liberación humana. Estamos al servicio, pero por encima de la República actual.

Bienvenida sea sin embargo, esta placidez, que seguirá a la turbulencia revolucionaria; la aprovecharemos para que no se estanque, para que progrese en los cauces legales, y si se opone, si llega a legalizarse el predominio de clase saltaremos por encima de ésta, como corresponde a las almas nobles y decididas, aun con evidente perjuicio de nuestro crédito social y de nuestras vidas.

Finalmente. Por ahora, el respeto, sin sumisión. Más tarde la lucha franca, que no se convierta en triste realidad la frase célebre de Tocqueville cuando dice que las democracias perecen siempre y se someten a las finanzas de hombres desaprensivos, que, bajo el título de hombres republicanos, ahogan las libertades del pueblo oprimido.

Estamos sobre la marcha de una emancipación integral del pueblo.

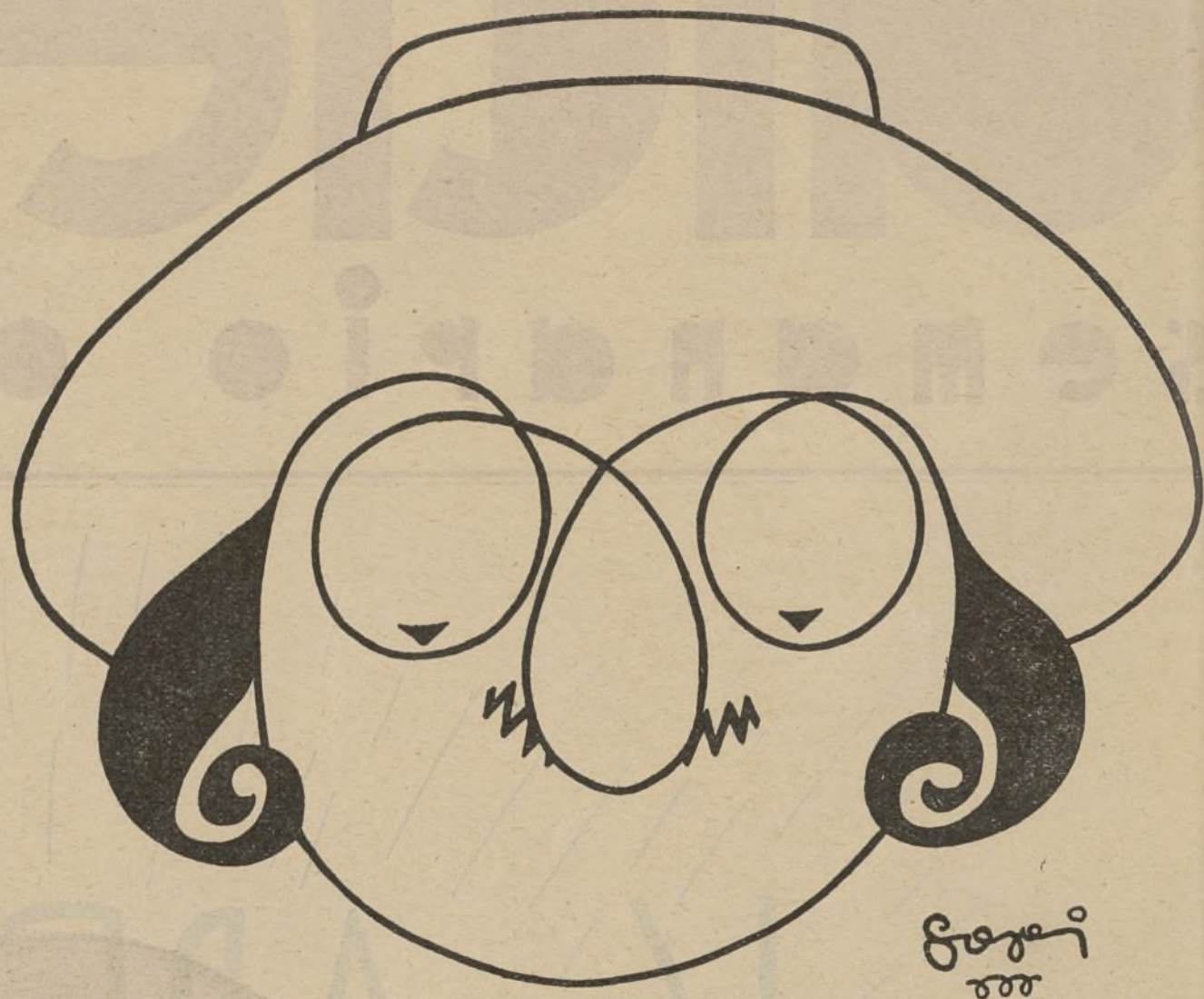
P. S. - A la declaración que antecede hemos de agregar una nota que aclare, de una vez, al lector el posible contenido periodístico de DICIEMBRE en sus números venideros. Al afirmar nuestra posición actual bajo la actual República, no renunciamos a colaboraciones de políticos cuya voz ejerce indudable influencia en la cultura y perfeccionamiento del pueblo valenciano. Ante todo, DICIEMBRE reconoce la urgencia educativa del ciudadano que hoy se halla al comienzo de un camino político. Si entre nuestros colaboradores y nosotros existen distancias de aspiración social, juntos habremos realizado, sobre las páginas de DICIEMBRE una obra común de educación ciudadana. Creado el ser político apto, puesta en marcha la máquina pública, una nueva etapa nacerá.

DICIEMBRE. publicará en su número próximo la composición definitiva de su cuerpo de redacción.

Nuestro camarada J. Ruvilla es el joven capitán Jesús Rubio, uno de los más destacados en los movimientos de la noche de San Juan y Diciembre. El capitán Rubio salió, el miércoles último del castillo de Montjuich, libertado por la República.

Las memorias de los sucesos de Jaca anunciados en nuestro número anterior han sido escritos por nuestro compañero el teniente López Mejías, condenado a cadena perpetua por su intervención en el movimiento y puesto en libertad por la República en el castillo de Mahón, donde se encontraba con los capitanes Salinas y Sediles.

Quedan aclarados ambos seudónimos.



NOEL, visto por Gori

La República de papel

Yo, que acabo de llegar de América y he intervenido en la magnífica revolución de Bolivia, acabo de recibir una lección. Las mujeres modernas dicen: "Mi cuerpo es mío", y en esa rebeldía extraña y profunda han cimentado la marcha hacia su liberación. España ha tardado en comprender que "su cuerpo era suyo" y ahí la tenéis en pie, en marcha, en absoluta posesión de sí misma.

Nunca creería nadie que fuera posible ese avance, ese paso. Tantas veces se ha intentado, tantas veces se pretendió ponerse en condiciones de darle. Pero hoy se dió. ¿Cómo? Dándole. Es la época. Es el tiempo. Juventud, acción, decisión. Era preciso. Y se hizo. ¿Muss es sein? ¿Muss es sein!, dice Beethoven, el revolucionario de la música. "¿Es preciso? ¡Preciso es!" Largas teorías de años y de predicaciones. Esto o lo otro. Esto debe ser así; aquello, de este otro modo. De pronto, el milagro. El pueblo tiene razón siempre. Tiene razones que la razón no conoce. Y, porque sí, porque era necesario, porque en el reloj del corazón del pueblo dió la hora de la realidad, el pueblo dijo "hágase la luz". Y he ahí la luz. He ahí el triunfo. Radiante, incommensurable, una sorpresa. Así procede la Raza siempre. Raza mesiánica, acostumbrada a esperar, a dejar hacer. Pero cuando ella dice "Soy", ahí está. Está en pie. La creían muerta, y ahí la tenéis. Ha dicho "¡Basta!" Y en cuanto la dejaron en libertad y, con audacia que hoy pagan harto cara, la exigieron su parecer, la Raza votó por ella misma, por su cuerpo, que es suyo, por ella que quiere

ser ella y nada más. Nunca se arrepentirán bastante de haberla pedido que hablara. ¿Que hablara el qué? ¿Acaso esperaban de ella vacilaciones y dudas? Ahí la tenéis. Radiante, limpia y liberada, la Raza ha dicho ¡basta!, ha trazado en otro sentido de cosas, pero en la raíz, en el mismo de siempre, la línea que trazara con la espada en la isla del Galen la espada de Pizarro. Raza tarda en moverse, ¡ay!, cuando se mueve. Raza acostumbrada a quemar sus naves en todo. Ya está. Nunca más volverá atrás. El paso está dado. Había que avanzar y se avanzó. El triunfo no ha sido una sorpresa, pero ha sido una explosión. Desde Villalar, desde la atroz víspera de aquella batalla, el pueblo no había hecho acto de presencia. Ahí le tenéis. Es tarde en decidirse ese pueblo nuestro, pero cuando ese pueblo quiere ¿quién quiere como él? Se le desafió, se dudó de él, se le creyó inválido, se le sometió a presiones espantosas, y el pueblo acabó por ser... como siempre fué: el amo. "Mi cuerpo es mío", dice la mujer moderna. Nadie manda sobre mí, ha dicho ayer el pueblo. Y eso está dicho como él sólo es capaz de decirlo, con actos que no tenían otra salida que el más allá, el "más allá" fundamental, inexorable. Se han quemado las naves una vez más. Ya no hay atrás. El pueblo, la Raza, cansada, harta, asqueada, rabiosa, ha dicho: "En mí nadie manda más que yo". Y ahí tenéis la Raza, libre, absolutamente libre, sin que nada ni nadie pueda impedir, ni alterar, ni tergiversar este hermoso y enorme paso: la República.

EUGENIO NOEL.

AYER

Se desgarró al fin el cendal que velaba el auténtico contenido de la conciencia española.

Habló el pueblo tras el silencio largo. Se ha desgarrado el velo de su misterio.

¿Qué pensaría el pueblo español? ¿Se habría sacudido su alma en la silenciosa gestación muda de una conciencia nueva? ¿O, tal vez, el silencio solemne era inercia que no se turba, sensibilidad que no se conmueve, alma muerta que no vibra y voz apagada que siempre enmudece? ¿Cómo sospechar siquiera la conmoción latente en las aguas muertas!...

¿Cermiase, tal vez, tempestad en el pantano, oleaje en las aguas remansadas, voces de mar en los tremedales quietos? ¿O, acaso, no había más que pantanos, remansos, tremedal y charca?

El arcano asombraba con el ala enorme de su misterio. Era menester que hablara el pueblo por la voz de los comicios, de las urnas y del sufragio.

Y vino un amanecer lívido del domingo herviente, febril, inquieto. Hormigueo. Acción. Movimiento. Asombro. Pasmó. La vida que se desespereza. El enjambre que se amontona. La fiebre de la acción muda tras el estrépito de la palabra borboteante.

El hormigueo comenzó a retorcerse como una serpiente larga por las avenidas de las grandes

urbes y por los senderos de todos los campos y por los callejones de todas las aldeas. Era que el pueblo comenzaba a hablar, para descifrar el arcano inescrutado de su alma renaciente.

Y la voz fué un aldabonazo que conmovió los universos. Y sacudió la tierra y pulverizó los mitos venerandos y rasgó con un arañazo infinito los harapos podridos de todos los tópicos tradicionales: el trono, la corona, el orden muerto, la chochez, la podredumbre, la mentira...

Una vida nueva que hierve. Un pueblo altivo que grita. Una conciencia que se extremece. Una raza vieja que resucita.

¡La República! ¡La República! ¡La República!... Por todas partes la misma voz unánime del Logos eterno, pronunciando la sentencia de muerte del pasado e infundiendo el hábito virgen del renacimiento infinito. Las instituciones se mueren, pero los pueblos resucitan. Es la tempestad en el pantano, el oleaje espumante en las aguas remansadas, la voz del mar en los tremedales quietos, la vida alboreante y bulliciosa en las charcas inmundas.

Por todas partes la misma voz unánime del Logos eterno: ¡La República! ¡La República! ¡La República!...

Y, la República, ya está en nuestras manos

Félix Azzati

ENVÍO A "DICIEMBRE"

Hoy no un plano. Muchos; cuantos quepan en una página de la revista y puesto que ustedes lo piden todos de un hombre; de Azzati. La primera vez que luego de muerto, hablaré de él desde un periódico. ¿Por qué no antes? Porque no pude. Son demasiadas las cosas a contar y están demasiado cercanas en el recuerdo, su imagen real y sus hechos, para permitirme hablar sin diti-rámica pasión, de aquel entonces apasionado. Sea lo que les mando como un guión de una futura conferencia. Porque esta me satisfará más. De Azzati creo que hablaré mejor que escriba. Dandó a cada hecho la necesaria intimidad confidencial y todo el preciso calor cordial al evocarle. Y escenificando, ambientando cada cosa con exquisito cuidado, con la máxima precisión en el adjetivo; sin ampulosidad y con delicadeza. Por todo ello no publiqué hasta hoy nada, a pesar de que muchas veces encabezé una cuartilla con su nombre.

Comenzaba siempre así:

RETRATO

Hay hombres que tienen el pecho como una proa. Esto se ha dicho con insistencia tópica; pero es muy exacto. Pues bien; de la proa tajante, pero no muy robusta—barco veloz, pero de poco aguante—que era el pecho de Azzati, emergían audaces el cuello y la cabeza como un bauprés. Su cabeza se ofrecía como para una inmolación. Su cuello parecía darse a todas horas a una imaginaria guillotina.

Y qui me detenía siempre.

Sigamos hoy.

En aquella cabeza un gesto de entusiasmo por todas las cosas generosas y bellas o una amarga contracción de dolor y de consunción en los incontables ratos de dolor.

¿Recordáis la sonrisa de Azzati? El era feo. Su cara flaca, con las arrugas que grabó el sufrimiento y su color pálido, carecía de belleza. Pero estaba la frente; una frente móvil, atormentada, llena de las huellas de la atención, de la duda, de las meditaciones. Estaban sus ojos, tan elocuentes, que se hacían entender más que su boca, cuando precisó dirigirse a auditorios extranjeros, en inolvidables campañas. Y estaba su boca; una boca fea, sensual; una boca que sabía hablar con desgarro en el insulto y sonreír tan generosa, tan insinuamente, que convertía a Azzati en un hombre de simpatía irresistible.

SU VALOR

Era tanto su valor, que hubiera carecido de mérito si no hubiese ido acompañado de un gran amor a la vida y una triste obsesión por la muerte.

Porque Azzati era impávido. Tenía un valor natural, sin jactancia, sin bravuconería y con serenidad. No sabía lo que era el miedo y desde luego fué incapaz de ninguna cobardía.

Su valor no era paroxístico, ni precisaba de escenarios. No se mostraba solo en momentos memorables, como el de la noche del "Café Español", en que se jugó la vida a un envite que tenía contra él la mayor parte de las posibilidades. Era valiente a todas horas, en todos los momentos y contra cualquier hombre. Frente al adversario de un duelo, como contra los flamencos alquilados por un enemigo. Lo mismo en cualquier hecho revolucionario (acordaos del año nueve) que frente a la amenaza,

hecha anónimos y ambiente de un momento terrorista lleno de lívida tristeza y colmado de trágicas incomprendiones. Era valeroso siempre; valeroso y justo. Sabía responder y cómo responder a quién. A unos, el trallazo de un insulto, a otros el bofetón, a algunos la oferta de su vida, que puso en juego muchas veces. Y siempre, luego de la respuesta, el olvido de la culpa. Deuda saldada, deuda olvidada. Sin rencor, sin envidia, sin resentimiento. Con nobleza y con franqueza.

SU BONDAD

Por ello era bueno, tan bueno, Félix Azzati, cuya vida podría titularse así: "Azzati o la generosidad".

Se daba siempre sin reservas. Enteramente y a todas horas. Por amistad llegaba al falso testimonio. Por bondad se sacrificaba él y cuanto tuviera por más amado. Su vida es una constante dádiva. Recordad si no su campaña internacional, frente a Echagüe, para arrancarle una vida que se quería inmolable, a quien tantas después ha sacrificado fríamente. Recordad, sobre todo, su actuación durante los procesos sindicalistas. Su ayuda a cada perseguido; la cantidad de muchachos que hurtó Azzati a la cárcel o a la muerte; su intervención en los tribunales como testigo en causas famosas. Llegaba a complicarse con los más santos embustes y a complicar a los suyos y a los amigos. Y siempre con una gracia y una generosidad sobrehumanas, en los días en que se recibían en su casa constantemente anónimos y se hallaban en su periódico explosivos.

Y la bondad de Azzati, que era como su valor, una total ausencia de ruindad en su espíritu, en lugar de aminorarse por la enfermedad y por los desengaños, acrecía y se afinaba. A la hora de su muerte, Azzati era tan bueno como los mejores faquires y los más santos anacoretas.

EL PERIODISTA

Azzati era un periodista completo, como nadie actualmente lo es. En su historia hay hechos novelescos como el que le hizo conseguir la noticia de la muerte acaecida en París al prior de los sulpicianos, lleno de un encanto romántico de periodista francés del ochocientos y hay episodios como el que le lleva a enterarse de la toma de Mukden, sorprendida con otras informaciones, al correspondiente de *Il Secolo* milanés, que constituyen hazañas de reporter moderno, de periodista aventurero, tan sagaz y tan audaz, como los mejores informadores ingleses y americanos.

Azzati sabía lo mismo componer un fondo que hacer interesante un suceso. Sabía sobre todo "hacer" una campaña, con una gracia de pillote irrespetuoso en el calificativo, con un humorismo, que dejaba al adversario bajo el peso del mote sobre él, como un pesado disfraz, que nunca se podría quitar ya.

Azzati hubiera sido un panfletista genial si hubiera tenido la vocación del libelo. Tenía su estilo tanta fuerza y gracia como el de un Daudet. Pero le estorbaba para ello su bondad y su delicadeza espiritual.

En el fondo, no odiaba a nadie y por ello sus campañas se leen con el deleite que produce toda labor hecha con irremprochable técnica y con un goce de deportista de la polémica, con la que se distrae de otras ocupaciones más serias

y en la que si alguna pasión hay, es, fuera de la que producen los más altos fines ideales, la derivada de un intenso amor al oficio periodístico.

Azzati amaba las bellas palabras y los claros razonamientos y yo recuerdo con qué entusiasmo me recomendaba a mí la lectura de Anatole France y el estudio de su estilo "como mármol clásico", cuando en mis comienzos gustaba de mezclar palabras modernistas con voces canallas, en busca de un estilo absurdo, hecho de contrastes, con calidades de aguafuerte sobre el que caían las lacas y esmaltes de unas imágenes gongorinas.

EL POLITICO

Era una resultante de todas estas cualidades. Un hombre romántico, que había recibido de Blasco el amor a Hugo y a Zola. Un enamorado de la Revolución francesa y, al mismo tiempo, lector de D'Annunzio, con cierto gusto por la pompa escénica que le hizo preocuparse y seguir con cierto transitorio interés los comienzos del fascismo.

Lector apasionado de Nietzsche y de Gorky, había de ser necesariamente individualista e indisciplinado. Un poco dado a la improvisación y meridional por los cuatro costados, hombre al que mientras tuvo una relativa salud no le estorbó la violencia.

Mejor agitador que constructor; mejor iniciador que consolidador, a pesar del milagro que supone su obra de muchos años, para lograr la persistencia de un partido y un periódico que se ha mantenido inhiestos en una época en que caían las más fuertes acrópolis republicanas.

Mejor político de oposición que de poder y siempre un buen, un inmejorable y generoso republicano. En sus últimos años, un republicano que empezaba a soñar en la republicana Valencia, como en la posibilidad de una pequeña nacionalidad libre como un cantón suizo, refinada y culta como una renacentista república italiana.

Como todos los hombres de su época y de su formación, estaba más cerca del anarquismo que del socialismo.

¡Ah! Y nunca cerró el camino a los jóvenes que se sintiesen tales. Su periódico y su casa y el partido que presidía los tuvo con las puertas abiertas a todas las honradas iniciativas por audaces que pareciesen. Creía en los jóvenes más que en sí mismo. Les admiraba y presentía para casi todos un bello porvenir que ninguno de sus amigos vamos realizando. Su amor a nosotros y a la Juventud le hacía hipervalorar nuestras aptitudes y era para él tanto goce departir amigablemente con nosotros en su casa junto a su mesa familiar para contestar a nuestras réplicas no siempre justas en las discusiones del partido.

SU RELIGIOSIDAD

Azzati fué siempre un anticlerical convencido y un perfecto irreligioso. Pareció en él religiosidad, su amor a todo lo delicado, lo bueno y lo bello. Estos sentimientos y una prosa con muchos diminutivos en *illo* daban una apariencia de religiosidad panteísta a aquel pagano Azzati, que por gustos literarios era lector apasionado de Pascal, de Amiel, de Han-Rynez y de Blondel.

En todos ellos le enamoraba más la digresión que la melodía, el giro gracioso y la palabra alada, que la intención total.

De sus lecturas y de su bondad se han querido extraer consecuencias que carecen de fundamento.

Azzati nunca echó de menos la Religión, algunas de cuyas ceremonias y simbolismos podían tener para él, el encanto de estar incluidas en las obras de Wagner, uno de sus, como de Blasco, dioses mayores.

Ahora bien; sin religión, el Azzati de los últimos tiempos, los de su agonía y tránsito, desprendía de sí un generoso e indulgente, un amable espíritu evangélico, que se lo hacía amar todo y le llevó a morir repartiendo amorosos besos y dulces lágrimas sobre los allegados de su corazón, mientras su cuello recibía el tormento duro de unos fuertes dolores, a los que pareció ofrecerse siempre, tendido y anhelante como a la espera de una imaginaria guillotina.

JOSÉ LUIS ESTELLÉS.

Madrid, abril.



Victoria Kent, ilustre figura del foro español y defensora del Ministro de la República Alvaro de Albornoz, en el famoso proceso visto en visperas del Destronamiento. La señora Kent nos envía, en estas cuartillas, una síntesis admirable de los anhelos de su partido político, el Radical-Socialista, del que forman parte dos ministros de la República—Albornoz y Domingo—y el Procurador General de la nación, Angel Galarza.

Para "diciembre"

nuevo y vigoroso paladín de los ideales republicanos

España es republicana por patriotismo y por decoro; a fuerza de sufrimientos y vejaciones, no encontró más solución que la República. La República fué proclamada por sufragio universal. España entera, desde la última villa hasta la más populosa ciudad, ha declarado su convicción republicana, ha proclamado sus representantes y ha consagrado a su Gobierno provisional, todo ello por obra y gracia de este anhelo incontenible de justicia que ya es el supremo ideal de nuestro pueblo. Pero esta aspiración de dar realidad al anhelo de justicia, nos exige afrontar con toda entereza los magños problemas españoles, nuestra escuela, nuestra administración de justicia, el derecho de nuestros proletarios al trabajo y a sus beneficios; es necesario, pues, prepararse para la gran batalla civil en la República. La República no es todo, la República es la forma de gobierno de un pueblo y esta forma puede ceñirse a los intereses del capitalismo, como puede ser el más firme sostén de la clase trabajadora.

Por esta última forma republicana hemos de luchar si queremos de veras ir a la constitución de una nación libre, si queremos crear un Estado, si queremos dirigir hacia su verdadero cauce los anhelos de justicia social que siente nuestro pueblo.

Victoria Kent.

Madrid, abril 1931.

COMO EN ANNUAL, por Muro



El portugués a Damaso.—¡Penalty...!

Ayuntamiento de Madrid

diciembre

ciudad

Los sucesos de la Cárcel Modelo

Relato fiel de lo ocurrido

El martes por la noche fui enviado al Penal de San Miguel para aplacar a la gente en compañía de Marco Miranda y López Rodrigo. Cuando llegamos ya la intervención de Vargas había logrado deponer la actitud levantisca del público, que quería libertar inmediatamente a los presos sociales. Les prometí volver al día siguiente por ellos.

A la mañana del miércoles visité a la Junta provisional republicana para que me cumplieran lo prometido. En unión de dos oficiales del Cuerpo de Prisiones se redactó el oficio concediéndoles la libertad, que fué firmado a instancias mías por don Juan Pascual Leone. Con el oficio fuí al Gobierno civil para que fuera refrendado por el gobernador interino. Se consultó a Madrid y tras de reiteradas instancias mías y consultas con Madrid se redactó en términos parecidos otro oficio del gobernador. Una vez en mi mano me asomé al balcón del Gobierno civil para anunciar a la multitud allí congregada la concesión de libertad de los presos políticos. La multitud aplaudió entusiasmada y evolucionó hacia el penal de San Miguel.

López Rodrigo, Recaredo Andreu, Sanmartín, Sureda, Moltó y algún amigo más fuimos al penal. Al llegar encontramos alborotados a los presos; creímos que pedían también la libertad. Entré en el patio del penal y sobre una silla les hablé prometiendo el indulto del Gobierno republicano y el envío de un obsequio del nuevo Ayuntamiento.

Me escucharon al principio con disgusto; luego con entusiasmo. Aplaudieron y dieron vivas a la República.

Informado entonces de que habían hurtado algunos cuchillos les volví a dirigir la palabra rogándoles que los devolvieran. Así lo hicieron presentándose voluntariamente tres cuchillos y quedando dos sin devolver. Repitieron los aplausos de los penados; me abrazaban algunos llorando y salimos con los sociales y políticos a la puerta del penal, donde los cogió en hombros la muchedumbre. Un momento antes de salir me llamaron del Gobierno civil por teléfono para interrogarme acerca de mi gestión. Les comuniqué el feliz resultado de ella, y entonces me dijeron que la situación estaba gravísima en la Cárcel Modelo y que acudiera a ver si podía aplacar a los presos.

Salí del penal entre aclamaciones del pueblo y besos de las mujeres y muchachas. Mi mayor satisfacción fué haber tenido la dicha de llevar el mensaje de libertad a los presos.

Burlamos como pudimos la aglomeración del público y salimos a todo escape hacia la cárcel.

Una vez en el interior, sin que se me advirtiera previamente del verdadero cariz del conflicto, penetramos López Rodrigo, Recaredo, Andreu, Sanmartín, Sureda y yo en el patio interior de la cárcel, donde Julio Just intentaba aplacar la actitud enloquecida de los presos.

Sin duda mi presencia les hizo imaginar que yo iba a libertarles, y esto les exasperó, aclamándose con gritos como estos: «¡Viva Valera! ¡Viva nuestro libertador!»

Intenté hablarles, les dije que el Gobierno les concedería la libertad provisional en el próximo indulto; pero esto les soliviantó: «¡No nos dejen; si se van ustedes nos matarán! ¡Que nos maten si quieren!»

Unos lloraban, otros invocaban a sus familiares; se observaba en muchos un temblor nervioso en las mandíbulas, los ojos desorbitados. Entonces me di cuenta de la realidad. Habían desarmado, al amotinarse, a los oficiales de Prisiones; se habían

hecho con sus pistolas y espadas; habían roto puertas y cristales, asaltado los talleres y arrebatado punzones, hoces, escoplos y otras herramientas. Además observamos que antes de penetrar Just y yo en el patio los revoltosos tenían ante ellos desarmados a los oficiales de Prisiones y a una monja. Advertí entonces la gravedad de la situación; sólo existía un dilema: o la libertad o una jornada sangrienta.

El teniente coronel don Joaquín Tirado, entonces compartiendo el peligro de Just, Recaredo Andreu y mío (los demás amigos habían logrado salir mientras nosotros discutíamos con los reclusos), penetró en el sitio de peligro e intentó también hablar sin ser escuchado.

Los reclusos, más violentos cada vez, amenazaron entonces con las pistolas y armas punzantes. La guardia, situada al otro lado de la única cancela que separaba ya a los presos del patio exterior, recibió orden de apuntar. Entonces Just, Andreu y yo nos colocamos delante de los presos para protegerles. La guardia depuso su actitud. Más aplacados en-

tonces accedieron a dejarme parlamentar con las autoridades, mientras Just y Andreu quedaban en compañía de ellos como rehenes.

Salí con el señor Tirado al teléfono, situado en una pequeña habitación que da a un corredor, cuya puerta de entrada cierra un gran cerrojo, pero por la parte del patio que ocupaban los presos.

Ignoraba yo esta coincidencia, y creyéndome seguro comencé a parlamentar con las autoridades. Durante media hora o tres cuartos, que me parecieron siglos, estuve solicitando la orden de libertad en vista de la situación angustiosa de Just y Andreu, temiendo que de un momento a otro cualquier repentina exasperación de los exaltados pudiera provocar una catástrofe.

Se habló de mandar refuerzos y protesté por temer que la presencia de la guardia de Seguridad pudiera ser el chispazo que provocase la catástrofe.

Llegó entonces Sigfrido Blasco y se asomó a la reja intentando hablar a los reclusos. No lo consiguió. Le encañonaron con las pistolas y tuvo que retirarse para no ser víctima de algún disparo.

Salí un momento al patio, hablé a los presos y les prometí que estaba gestionando su libertad y que esperasen, porque nosotros ya no saldriamos sin ellos.

Confieso que en la emoción del

momento no me percaté de que estábamos en rehenes y que en esta promesa había algo de solidaridad con los reclusos.

Me dijeron entonces que a primera hora de la mañana habían leído en un periódico la noticia de la libertad de los presos en la cárcel de Barcelona y que ellos también querían ser libres.

Hablaban llorando de sus madres, hijos y mujeres. Fuera, en la calle, pasaban las bandas de música tocando la Marsellesa y vibraban los gritos de alegría y triunfo.

Comprendí entonces toda la tragedia de aquellos desventurados y me sentí invadido de la piedad humana por encima de todo otro sentimiento.

Volví al aparato y reanudé mi conferencia con el Gobierno civil. Me contestaban que hacían gestiones y que esperase. Otros tres cuartos de hora en ansiosa espera. Insistí en la grave situación de los oficiales de Prisiones, la monja, Just y Recaredo Andreu. Entonces oí un clamor terrible de increpaciones y juramentos. Habían penetrado por la puerta de la prisión guardias de Seguridad y los presos al verlos se juzgaban traicionados por nosotros e increpaban a Just y a Andreu, amenazándoles.

La serenidad de uno y otro lograron contener un poco aquella exaltación.

Insistí por teléfono en que no era

ya problema de fuerza el planteamiento de libertad o de sangre. Cualquier uso de fuerza habría provocado un trágico desenlace. Don Joaquín Tirado insistió también en la petición. Me contestaron entonces del Gobierno civil que en caso extremo salváramos nuestra vida concediéndoles la libertad.

Salí entonces nuevamente al patio contiguo a la cancela que da al patio exterior, donde seguían amotinados los presos. Just discutía paternalmente con ellos intentando suadirles de su actitud. Recaredo, sentado en una silla, tomaba tranquilamente el sol en el patio interior. Comunicué la noticia de la próxima libertad provisional, si bien habían de prometer los presos que presentarían a las autoridades, que no cometerían desmanes y que volverían las armas. Insistí en las condiciones y accedieron, presentando los últimos los armados con pistolas y a condición de que al salir los otros eran detenidos en saraos con gritos para advertir a los de dentro del engaño.

Entonces fueron aplacándose los ánimos y comenzaron a darnos explicaciones por su actitud violenta e irrespetuosa. Ninguno había herido. Todos eran, según ellos, buenas personas, republicanas e idealistas. La culpa de sus delitos la tenía el rey, pero ahora ya habían tirado al rey y ellos serían buenos. Comenzaron a preparar sus averías. Al cabo de otros tres cuartos de hora me llamaron al teléfono y me comunicaron que podíamos decretar la libertad en las condiciones estipuladas.

Hubo gran alegría en los reclusos invocaron a sus hijos, padres y madres, nos besaron y abrazaron.

Se pusieron tranquilamente en la lera y se dejaron cachear, entregando todas las armas de fuego y punzantes. Lozano y San Martín les chequeaban y conducían al exterior.

Un preso de la enfermería se me acercó a salir porque había dos enfermos que querían quedarse para cuidarles. Los reclusos sirvientes tampoco salieron por precaución del director, para que los otros presos que les odian no les agredieran.

Entonces abandoné la cárcel. Para nos esperaban algunos amigos acongojados, don Pedro Vargas y padre de Julio Just, que había observado con la emoción que es de esperar parte del episodio. Había durado más de tres horas.

En la calle, la gente volvió a recibirme con aclamaciones, abrazos de los hombres y besos de las mujeres.

Los presos en su mayoría se presentaron en la Audiencia al siguiente día, conforme lo prometieron al salir. Uno de ellos, que tenía la familia en Barcelona, solicitó permiso para ir a visitar a los suyos.

Así concluyó esta jornada que pudo ser sangrienta y que resuelto del modo expuesto evitó un día de luto al nacimiento de la República valenciana.

Como se han propalado noticias no muy exactas de lo acaecido, las que resulta comprometida la seriedad de los que fuimos protagonistas de ello, escribo este relato exacto de lo que yo mismo he visto y vivido.

FERNANDO VALERA

Juan Ignacio Luca de Tena pidió la ejecución de Fermín Galán y de García Hernández. Es el dueño de ABC y de varios negocios fantásticos engordados al calor de la Dictadura. Ahí está, tan tranquilo.

"Congregación" al servicio de la República



Aquí están los que iban a comerse el mundo y el cuerpo electoral, «en estas horas de transición».

Don Manuel Simó, aventajado padre de los Padres de familia; el doctor Melo, padre de todos los padres de la Iglesia valenciana, y don Luís Lucía, joven y despierto padre de los traviosos hijos de San Luis.

Todos los tres, respetables señores de padre y muy señor mío.

Todos los tres, refugiados humildemente en ese maravilloso mundo de la meditación y del espíritu, en el que comodamente se recibe del cielo «el pan nuestro de cada día».

Así en la monarquía como en la República, claro está.

* * *

N. B. No lo habíamos identificado aún, pero no cabe duda de que ese señor de las gafas que asoma gozoso entre el Dr. Melo y el señor Simó, es don Pablo Meléndez, otro desinreresado y respetable padrazo del que tenemos la vaga idea de que ha querido ser Concejal...

La marcha del último Borbón

Le ha dejado marchar. Sin la menor oposición. Este pueblo español que según los monárquicos no estaba preparado para la República. Gran ejemplo de nobleza la del pueblo español. Se ha dejado una carretera libre al Borbón. Respiremos. Ya no huele el aire a Felipe II. En las salas oficiales no nos molestará la mandíbula decadente de Felipe IV. Por la carretera libre se lleva la gasolina la sombra de Fernando VII.

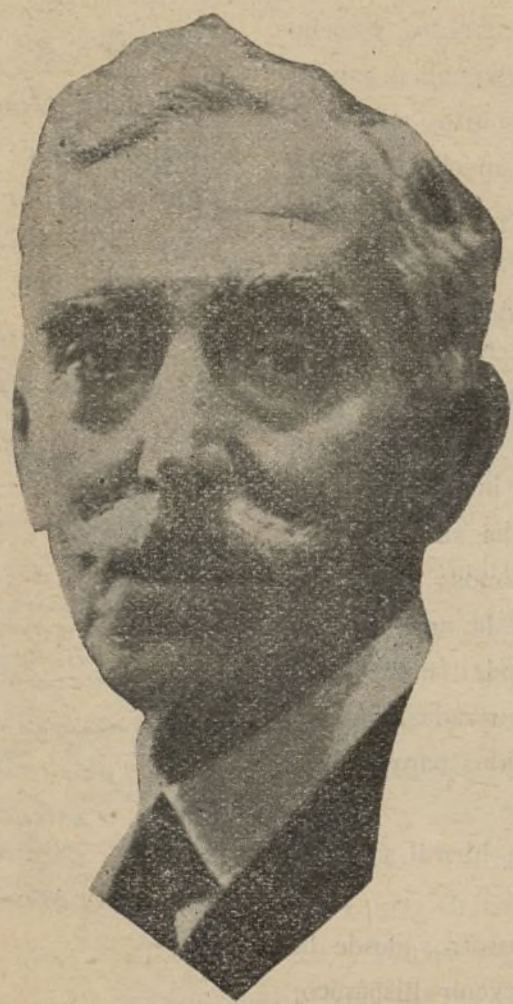
Se ha hundido sin dramatismo ni belleza la monarquía española. ¡Terrible cuadro goyesco el de esta última familia real! Silencio ante su desgracia. Pero leyendo en los periódicos las noticias de su partida, los detalles de los últimos momentos, el pequeño grupo de sus íntimos se pregunta uno: ¿pero en esos amigos del rey estaba representada la nación? Ni un solo hombre de ciencia, ni un solo escritor, ni un solo albañil; tan sólo títulos nobiliarios. Es algo que se presta a reflexiones. El rey ¿no puede comer con un albañil? ¿No puede dialogar con un hombre de ciencia? ¿Entonces?... ¿Es que trabaja más que el albañil, es más sabio que el hombre de ciencia? No. De ningún modo. ¿Entonces? No es superior a ellos, pues. No puede mirarlos por encima del hombro. ¿Y por qué no son sus amigos? ¡Ah! Nos olvidábamos del motivo más hondo: ¡la sangre! Pero ¿cuál es esa sangre privilegiada de los príncipes que no engendra sino generaciones raquíticas, mentalidades modestas, idiotas, esquizofrénicos y neuróticos?

Imposible de todo punto que un príncipe ame a un albañil o dialogue con un hombre de ciencia. Sus amigos, su clase pretoriana habrá de estar del nivel de su cerebro, de sus maneras y de su corazón: todo mezquino y sin la sinceridad de lo mezquino; mezquino con disfraz de grandeza. La mezquindad engarzada en la apoteosis del protocolo. Desnudada al príncipe de todas sus chucherías y arrojado a la vida, a la lucha, ¿qué hará? Horroriza el pensar lo que hubieran sido gentes de la Historia de no haber nacido en las gradas de un trono.

Hay que rehacer a toda prisa la Historia pasada; basta de mentiras. Grandezas falsas y equivocadas como la de Isabel la Católica, fanática, embustera y con el peor de los pecados: la avaricia. Las arcas de los árabes y los judíos le atraían más que su cultura, dato bien sugestivo para darnos idea de la miniatura de su cerebro. ¡Cuántas sorpresas nos reserva aún la Historia!

En la actualidad ya se han ido cayendo los tronos más poderosos: Rusia, Alemania, Austria-Hungría, Turquía, España. ¡Ahora te toca a ti, Vittorio Emannuèle! Se quedarán para el final los más democráticos. ¡Pobres príncipes de la sangre! Deportados todos juntos a un islote, acabarían viviendo en un ambiente de civilización primitiva: ídolos, danzas, ritos y collares.

JUAN GIL-ALBERT



MACIÀ

El ilustre ex coronel, jefe del partido nacionalista «Estat Catalá» y presidente de la titulada República Federal de Cataluña.

La majestad del pueblo de Madrid en la calle

¡Ladrones y criminales, a la barra!

EL GRITO UNANIME DE LA LIBERACION DE UN PUEBLO

14 de Abril. En la tarde clara. De pronto, a lo largo de la calle de Alcalá, en las terrazas de los cafés se ha cuajado en grupo una muchedumbre que grita: ¡Viva la República!

El grito de la liberación se eleva hacia el puro azul del cielo. Tres de la tarde. La noticia florece en todas las bocas. En el más alto mástil del Palacio de Comunicaciones ondea la bandera tricolor. Se abrazan los viandantes. Se entregan a toda suerte de manifestaciones jubilosas.

En este momento nace una nueva España. La España libre que todos sentimos en nuestros corazones. ¡Nuestra España Republicana! Ante el edificio de Comunicaciones se ha estacionado la muchedumbre. La guardia civil de caballería que lo rodea contesta a los vítores republicanos. La emoción se desborda. En las ventanas de las salas de aparatos de Telégrafos hay una eclosión magnífica de banderas rojas. Lentamente se izada en la torrecilla de Correos otra gran bandera tricolor. Un grito unánime sube al cielo claro. Un grito que parece agitar los pliegues de la enseña de la liberación del pueblo, al compás del ritmo acelerado con que palpitan los corazones. En diez mil gargantas estalla el vitor triunfal entre el tempestuoso tableteo de los aplausos.

¡Viva la República española!

EL PRIMER COCHE CON LA BANDERA TRICOLOR

Nuncio jubiloso de la fausta nueva un automóvil del servicio de Correos enfile la calle de Alcalá. Campea encima de su capot la bandera republicana. Aclamaciones delirantes. Las gentes de las terrazas de los cafés se levantan y aplauden. Se descubren ante el símbolo glorioso de las públicas libertades conquistadas.

EJERCITO, ESTUDIANTES, OBREROS: PUEBLO ESPAÑOL SOBERANO

La multitud corre hacia la Puerta del Sol, corazón esforzado y magnánimo de la ciudad que brota ahora con un rumor de tempestad encrespada. Junto a la marquesina del Metro, por encima de las cabezas de la muchedumbre se agita una bandera roja. La saluda el pueblo entusiásticamente, la aclaman guardias de Seguridad y civiles la aclaman también. Se emociona el vecindario en los balcones y grita su triunfo. A todo pulmón: ¡Viva la República! Brillo húmedo de emoción en todos los ojos. Pañuelos blancos al aire. Banderas rojas en los balcones.

He aquí que España despierta del letargo de muerte a que le había condenado la tiranía borbónica. Día de resurrección florido de banderas rojas rebeldes, de banderas rojas, moradas y amarillas.

Mas he aquí que la fuerza emocional de la muchedumbre crece. Los aplausos imitan el disparo ininterrumpido de cien mil ametralladoras. He aquí que ocupando un «taxi» descubierto ha hecho su aparición en la plaza un oficial de Ingenieros vestido de uniforme. De su guerrera han desaparecido las coronas reales que cobijaban las insignias. Tremola una gigante bandera republicana. Grita «¡Viva España libre! ¡Viva la República!» A estos gritos prorrumpie el pueblo en gritos unánimes y ensordecedores.

—¡Viva el Ejército del pueblo! ¡Vivan los hermanos de Galán y de García Hernández!

El bravo oficial es el teniente de Ingenieros señor Antonio Díaz. Un grupo compacto de soldados y paisanos le rodea. Los soldados arrancan de sus guerreras las coronas de los emblemas. Blancos pañuelos enjugan las lágrimas de los ojos de las mujeres. Lloran los viejos. Tiemblan las almas. Y los vivas a la República y al Ejército se suceden.

JUBILO UNANIME

Manifestaciones con banderas parten de la Puerta del Sol en distintas direcciones.

Los estudiantes de F. U. E., entre

aclamaciones y aplausos a San Carlos, proclaman la República. Soldados, obreros, estudiantes, el Pueblo Soberano avanza por las calles de Madrid en triunfo. En balcones y miradores pañuelos blancos, nuncios de la paz, banderas rojas de rebeldía, banderas republicanas y aplausos, vivas, muéranse al Borbón destronado, a Berenguer, asesinos de Galán y García Hernández.

Pero la generosidad del Pueblo victorioso es republicana. El viva que predomina y florece en todas las bocas — recias voces varoniles, voces de adolescentes, gritos de mujeres y de los niños — es el de ¡Viva la República y la Libertad!

Después Madrid en la calle. Majestad del Pueblo soberano en manifestación de júbilo. Somos libres. Las muchachas envuelven sus bustos con bandas tricolores y rojas. Se engalanan la cabeza con lazos republicanos. Baraúnda de camiones y automóviles adornados con banderas. A las siete proclamación de la República en Gobernación. La multitud presa de un frenético impulso aplaude al Gobierno republicano. Acumulada en los techos de los tranvías, en los balcones, en las fachadas de las casas. Colgaduras en los balcones. Banderas, banderas, banderas. Iluminaciones. Todo el pueblo madrileño es un solo corazón y una sola voluntad que ha vencido a la tiranía y ha sabido proclamar la ley. Ahora, que los reos vayan a la barra. Inexorablemente.

LA FUGA DEL BORBON

Va de noche, en el Palacio de Oriente, el miserable Borbón prepara su fuga. Hasta las nueve ha estado maquinando turbias conspiraciones con generales facciosos y demás vil ralea que han hundido su maldad entronizada en el desprecio y el odio del pueblo oprimido. Teme el fallo de la Justicia popular. Que en el fondo de la conciencia nacional ha sido ya emitido al grito de ¡Muera el rey felón! Ha hecho sus maletas el más miserable y foragido de todos los Borbones. Antes se llevó a Londres el producto de sus rapiñas y de sus esquilaciones a España. ¡Bien puede ir ligero de equipaje ahora, del equipaje material. El botín de sus expropiaciones criminales ya lo tiene a buen recaudo. En las salas de Palacio hay un silencio fúnebre apenas interrumpido por el plañir y los hipos de cuatro viejas histéricas y el llanto de la turba de lacayos. El Borbón infame está aún animoso. Sabe que huye de una muerte justa. Desaparece por los corredores la pléyade de alabarderos y de las llamadas «damas de honor». El acto de la tragedia sangrienta de la monarquía ha terminado. Sus personajes se han hundido en su propia vileza. Aún ha gritado el enemigo de España un ¡Viva España! Falso siempre, siempre hasta el fin.

Custodiado por la guardia civil ha salido huyendo por los caminos de España. La magnanimidad de la República le ha perdonado su vida miserable. ¡Que viva! Que viva corroído por la amargura y los ácidos de su impotencia y su desesperación. Que pesen sobre su conciencia todos los crímenes cometidos. ¡13.000 muertos de Annual! ¡Asesinato de Galán y de García Hernández! Muerte de gentes en las cárceles, en las deportaciones por la ley de fugas. Que viva para que todas las madres de España maldigan su nombre y su descendencia y escupan su recuerdo los niños. Y para que el mundo entero y la Historia de España exere su nombre por los siglos de los siglos.

LOS CULPABLES A LA BARRA

Júbilo y esperanza; conciencia de su fuerza. Pero el pueblo no debe olvidar. No puede olvidar a los criminales que le han martirizado. En nombre de la gloriosa República y de la soberanía del pueblo, los criminales ¡al patíbulo! Los ladrones ¡a la barra!

Para Berenguer, asesino de Annual con el Borbón, asesino de Galán y García Hernández; Mola, asesino de estudiantes y obreros, para todos ¡justicia inexorable!

Esto es lo que ha pedido el pueblo de Madrid.

ALARDO PRATS Y BELTRÁN



DOCE HOMBRES

Ayer, comité revolucionario con todas sus responsabilidades inherentes.

Hoy, agregados bajo la bandera tricolor, Alcalá Zamora, Azaña, Lerroxx, Largo Caballero, De los Ríos, Martínez Barrios, Alhorno, Domingo D'Olwer, Casares, Maura y Prieto, forman el primer Gobierno de la República.

Bar Regio

CERVECERIA ... FIAMBRES ... MARISCOS

PI Y MARGALL, 1

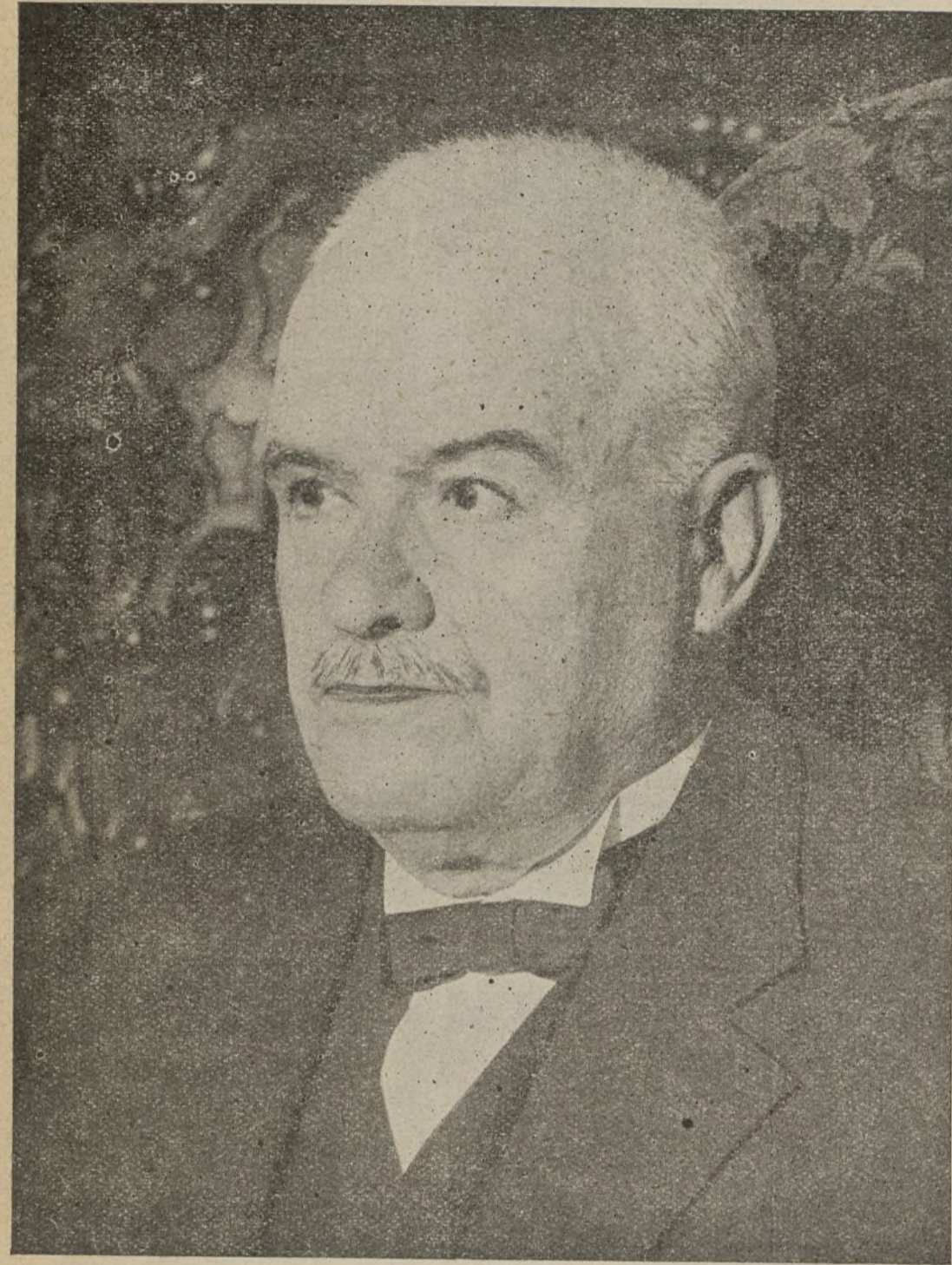
TELÉFONO 12352

VALENCIA

Ayuntamiento de Madrid

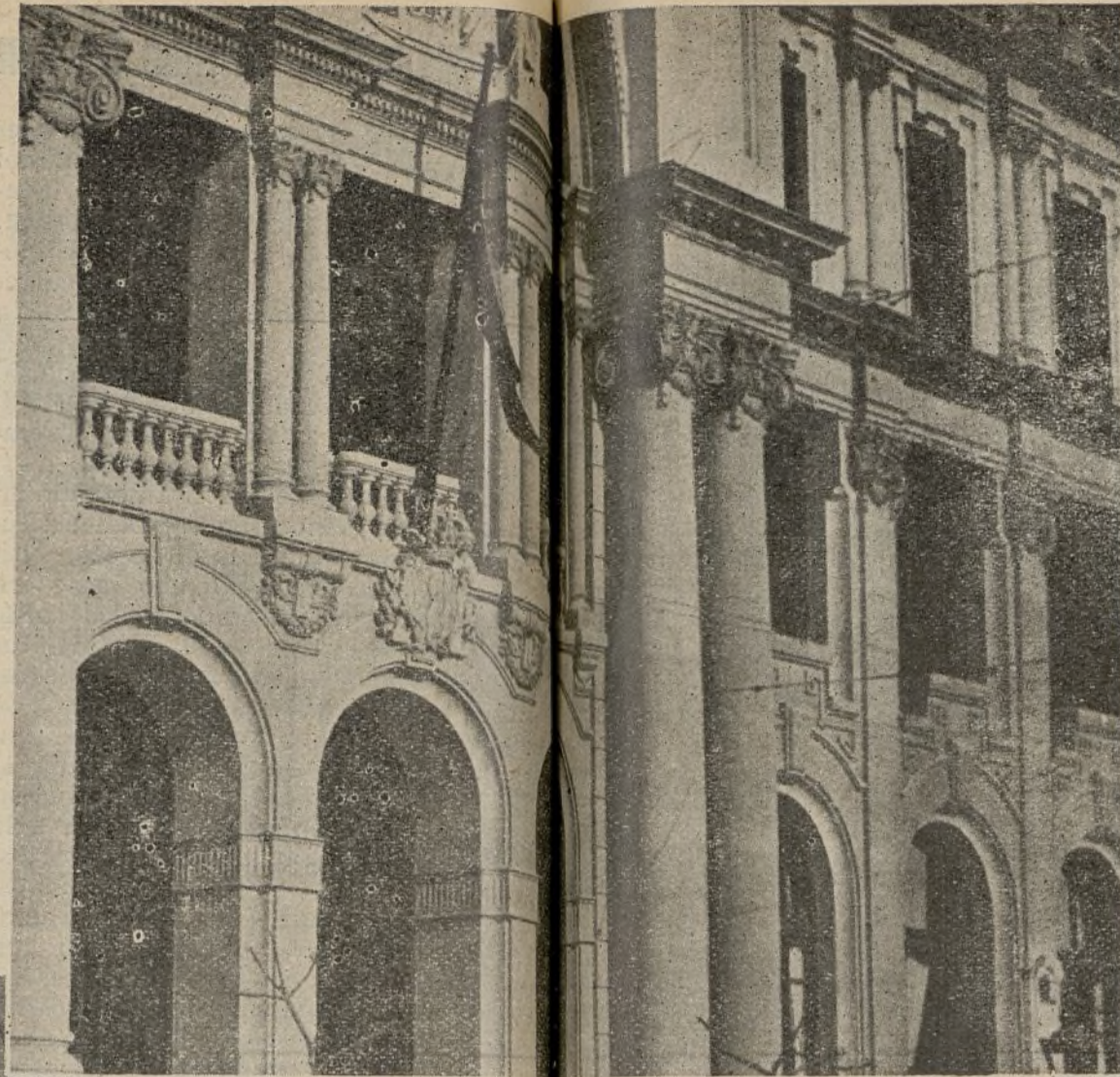
diciembre

La victoria de la



El venerable republicano y eminente doctor Agustín Trigo, concejal por la Unión Republicana Autonomista, fotografiado poco después de tomar posesión de la Alcaldía Republicana de Valencia, a la que le ha llevado su alto concepto del deber y de la disciplina—y cuyas palabras, como las de concejal Alfaro fueron la nota culminante de la memorable primera sesión.

Imágenes de la emocionante declaración de la República en Valencia



República Española

Los Poderes Populares constituidos normalizan y ennoblecen la vida de la ciudad.



El general de división José Riquelme, una de las figuras más destacadas y liberales del Ejército, designado por el Gobierno de la República para ocupar la Comandancia General de Valencia. El general Riquelme, hombre cultísimo y gran amante del pueblo, como demostró durante su mando en Aleo, es uno de los militares que más vivamente han luchado por la liberación de España.



La Plaza de Emilio Castelar durante la emocionante tarde del miércoles, primera conmemoración de la Fiesta Nacional de la República.

DICIEMBRE ha colaborado con todas sus fuerzas, inteligencia, trabajo, dinero, desinterés, sacrificio de tiempo y aun de sangre, al triunfo de la República. A las cuarenta y ocho horas de salir a la calle su tercer número, la República ganaba la batalla y ponía en fuga al rey y a los más altos responsables. DICIEMBRE nació para la República y en ella está, por fin. Nos queda el orgullo de haber sido buenos soldados. Solamente en los dos últimos meses fueron anotadas en nuestras oficinas más de 200 conferencias de propaganda, realizadas por nuestros redactores en las tres provincias de la región y en las de Albacete y Teruel. Hemos alistado en la Agrupación al Servicio de la República cerca de tres mil ciudadanos de la provincia. En nuestros talleres, la propaganda impresa de discursos, folletos, manifiestos, hojas electorales, ha sido extraordinaria. Hoy recogemos los frutos que apetecíamos: los frutos espirituales del triunfo, bajo la República, de la amistad. En las grandes ciudades, como en las aldeas donde fuimos, con otros, sembradores, muchos amigos, muchos camaradas, figuran hoy entre los dirigentes de la vida pública, elegidos para el servicio de la Patria.

Desde aquí, desde esta Valencia de entraña liberal y republicana, les enviamos nuestro saludo gozoso.

Todos, ellos desde los recintos políticos, nosotros desde la calle, seguiremos trabajando para crear el porvenir hispánico, diversamente, apasionadamente, inexorablemente. Pero, en estas horas iniciales, de ingenuo alborozo, queremos destacar los nombres de algunos "decembristas" que, desde el nacimiento de nuestro periódico, fueron forjadores de su éxito nacional:

Al "decembrista"
El deseo de un republicano es presentar la más hermosa y sencilla de las revoluciones, la que se realiza en el día de una sesión de una asamblea de su pueblo, que, al ser proclamada, se convierte en un acto de fe y de amor, que, al ser proclamada, se convierte en un acto de fe y de amor, que, al ser proclamada, se convierte en un acto de fe y de amor...

La primera cuartilla que escribió el ilustre amigo el general Riquelme escribiendo a Valencia, fue para sus lectores.

Victoria Kent, Director general de Prisiones.
Nieto Alcalá Zamora, presidente del Gobierno Provisional.

Manuel Azaña, ministro de la Guerra.
Alvaro de Albornoz, ministro de Fomento.
Angel Galarza, Procurador general de la República.
Rodolfo Llopis, Director general de Primera Enseñanza.
Mariano Gómez, consejero de Estado.
Comandante Franco, Director general de Aeronáutica.
Eduardo Pardo Reina, jefe de la Secretaría particular de la Presidencia.

Angel Samblancat, jefe superior de Policía de Barcelona.
José Luis Estellés, en la Secretaría particular del Gobierno Civil de Madrid.

Pedro Vargas, gobernador civil de Oviedo.
Capitán Jesús Rubio, agente especial del comandante general de Barcelona, general López Ochoa.

Juan Peiró y Emilio Artal, delegados generales para Valencia y Castellón de la Agrupación al Servicio de la República.
José Fabra y José Cabanes, concejales de Játiva.
José Ballester Gozalbo, concejal de Toledo.

Mariano Gómez, Fernando Valera, Francisco Ferriol, José Cano Coloma, Antonio de Gracia y Juan Bort Zandalinas, concejales de Valencia.

Han sido heridos, durante los sucesos de la revolución, nuestros camaradas Joaquín Novais, periodista portugués, en Madrid, y Héctor Altabás, en Gandía.



El Comité Ejecutivo que sustituyó a la Junta Provisional y que durante varios días dirigió la vida ciudadana, dando paso—el viernes—al primer Ayuntamiento legítimo constituido desde 1923.

El Concordato

Entre las manifestaciones hechas por los ministros del Gobierno Provisional, se destaca por su trascendencia la del ilustre profesor que desempeña el departamento de Gracia y Justicia don Fernando de los Ríos.

Ha dicho este adalid austero del ideal republicano que se respetará el Concordato, lo cual anuncia con sobria y sintética elocuencia que se dará satisfacción a la opinión pública, vindicándola por modo rápido y heroico de la vergüenza nacional que implica el audaz desarrollo del clericalismo.

Y para eso hemos traído la República; para que se cumpla la ley y los compromisos internacionales en su espíritu y letra, aboliendo las mixtificaciones, hijas de la hipocresía social, que constituyeron la norma de gobierno del régimen monárquico desaparecido.

Los derechos de los Estados nacen del ejercicio de su actividad, o son atributos esenciales de su organización social.

La fuente más ordinaria de los primeros son las convenciones internacionales, de equivalente significación jurídica, salvo la materia sobre que versan y la naturaleza de la personalidad que los contrae, a la de los contratos del derecho privado.

Así una convención o un tratado internacional es el consentimiento de la voluntad de dos o más Estados sobre asuntos de interés público, que cuando se concertan con la Santa Sede reciben el nombre de Concordatos.

Respetar un Concordato, como asegura el Ministro, es darle fuerza obligatoria por el sentimiento innato del Derecho que alienta siempre en las democracias republicanas; es cumplir el compromiso contraído libremente por el Estado español con la personalidad internacional de la Iglesia; pero ese respeto no puede extenderse más allá del ámbito delimitado por los derechos y obligaciones que constituyen su contenido; y esos derechos y obligaciones, fiel y rectamente ejecutados y cumplidos, exigen con imperio categórico la medida urgentísima de la expulsión del territorio nacional de todas aquellas órdenes monásticas no concordadas, que se establecieron en nuestra patria clandestinamente, para ser firme sostén de una monarquía absoluta, prostituyendo el alma colectiva con las enseñanzas pe-

camiosas de moral ladina, hipócrita e intolerante.

Ningún trámite protocolario hay que cumplir para llevar a cabo la expulsión; basta con que el Ministro, volviendo por los fueros del pueblo, ponga en ejecución los artículos 29 y 30 del

diendo así la soberanía nacional y los intereses morales y materiales del pueblo.

La declaración de Londres de 1871 reconoció como principio esencial del Derecho Internacional que ninguna potencia puede excusarse de cumplir las obligaciones impuestas por un tratado, ni modificar las disposiciones de éste sin haber obtenido antes el amistoso consentimiento de las partes contratantes; pero las obligaciones que a España impone el Concordato son correlativas de sus derechos y la Iglesia tiene que pasar igualmente por el cumplimiento exacto de las que le incumben.

Las Ordenes religiosas de San Vicente Paul y San Felipe Neri, juntamente con las de las Hijas de la Caridad, son las únicas autorizadas para establecerse en el territorio español, y una más que se designaría; pues bien, respétese esas órdenes monásticas, señálese, si se quiere, mientras se denuncia el Concordato, esa aprobada a que se alude, pero expúlese incontinenti a las que subrepticamente se han introducido en nuestra patria, y cúmplase aquel convenio, como dice el Ministro, en satisfacción de los tratados internacionales y de los derechos y aspiraciones de las democracias republicanas españolas, que educadas en las salvadoras doctrinas del venerable Nákens, apóstol del anticlericalismo, saben por trágica experiencia que, el eje de los problemas españoles es el clerical, y que el régimen o Gobierno que soslaye ese problema por evitar reacciones de momento, será víctima, tarde o temprano, de la innata traición que siempre alienta en esas intolerantes asociaciones político-religiosas.

Por no saber aprovechar la victoria liberal en la guerra civil del pasado siglo, los vencidos impusieron su ley a los vencedores, y con ella las calamidades de una monarquía autocrática, que al fin la energía y sacrificio del pueblo ha conseguido expulsar en un supremo y heroico gesto ciudadano.

Confiamos en que las palabras espontáneas del Ministro, profundo psicólogo del alma colectiva española, han querido interpretar el anhelo del pueblo en todo su alcance y que le dará cumplida satisfacción en bien de España y para gloria de la República.

A. SÁNCHEZ MAESTRE

"Diciembre" y el capitán Heredia

Hemos recibido la siguiente agradable carta:

«Puente Vallecas (Madrid), 13-4-1931
Señor Director del semanario DICIEMBRE.

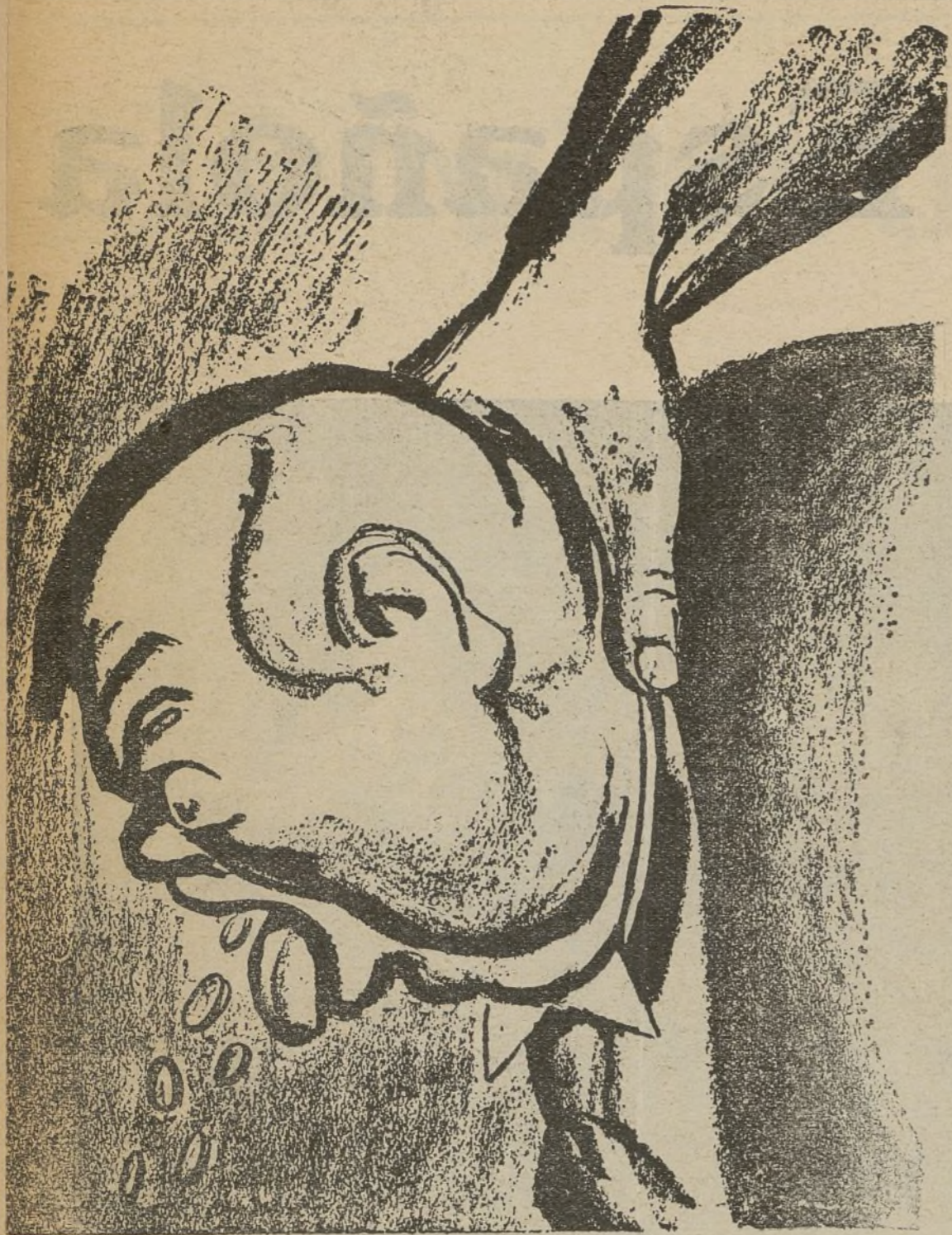
Distinguido ciudadano: Habiendo leído en una crónica de su semanario algunas frases dedicadas a la memoria de mi difunto padre el capitán Isidoro Heredia, que falleció en ese castillo de Montjuich de triste historia, sirvan estas líneas de agradecimiento en nombre de mi familia y en mi propio por el recuerdo que ustedes le dedican y por la breve, pero fiel historia de las circunstancias en que murió.

Afortunadamente para los españoles, la semilla lanzada por los que como mi padre dieron su vida por defender la causa del pan y la libertad, ha dado su fruto, y en estos momentos históricos llega a su madurez.

Finalmente le suplico, señor Director, una nuestra protesta a la voz de todos los españoles para que tan pronto como impere en nuestro país la democracia, sea abolido ese satánico castillo de tan negra historia, que deshonra la libertad española. Quedamos de usted y de la República española.

ISIDORO HEREDIA

Republicano: Antes de reconocer ciudadanía a quien se destacó en el servicio humillante de la Corona, escúpele a los ojos.



Con la familia de los Capetos, subieron los peldaños de la guillotina sus amigos, nobles, generales, prelados.

Con los Romanoff, marcharon a la muerte, al destierro, y a la miseria, aquellos aristócratas francesados que habían convertido San Petersburgo en una ciudad de bacanales bíblicas.

Los tiranos, los monarcas, los césares de la Historia hallaron, siempre, en las horas de la muerte o del éxodo, un cortejo piadoso, leal, de perros y lacayos, de camaradas y palafreneros.

Este último Borbón de España partió solo para el destierro. Hasta su pariente Carlos, capitán general e infante de Sevilla, traicionó en la última hora y preguntó a Manuel Azaña, cuál era su deber para recibir la lección de lealtad por los labios del ministro republicano.

Alfonso de Borbón ha encontrado en el Madrid de su reinado, los hombres, y nada más, leales a una fe piadosa: Sánchez Guerra, el Conspirador, que aún dijo "He sido monárquico. Lo soy todavía" y Romanones, el autor de la caída del Borbón que abandonó llorando el Palacio del rey destituido.

Todos los demás, cortesanos a quienes Borbones y Austrias ennoblecieron; políticos que con la Monarquía medraron; ministros que asaltaron la Hacienda española en nombre del rey; obispos que en la casa de Oriente disfrutaron prebendas, honores y goces humanos; generales que fueron favoritos y camaradas; palaciegos que compartieron con los Borbones, el mantel y el lecho; periodistas que, por la servidumbre al Monarca, hicieron fabulosos negocios engañando a la Patria, traicionando al pueblo, escarneciendo a los republicanos, amparando furtivamente y encarcelamientos, y coreando villanamente todas las violaciones del derecho y los estupro de la Ciudadanía; madamas que recibieron el honor de la real caricia, cortesanas de tálamo coronado; banqueros que, al socaire borbónico, saciaron su hambre de millones; toda esta grey infame, repugnante y cobarde, abandona al vencido y vitorea el desfile de la Bandera Tricolor, para seguir nutriendo, bajo la República, su andorjuga vil, su cómoda e inútil existencia, su sexo mancillado.

España, patria de un pueblo caballero que no degüella sino que habla para hacer la Revolución, arroja a la Historia este detritus blasonado de los aristócratas.

Queréis, vosotros que fuisteis mendigos y cómplices del rey, ser ciudadanos felices bajo la República. Queréis que el Pueblo olvide vuestro pasado de ignominia, perdona vuestra ruindad y os abra los brazos sin creer en vuestro odio. Pero, no será así. El pueblo, hidalgo siempre, todo lo perdona menos la ingratitud y la vileza. Y, un día, dejará desnudas vuestras carnes prostituídas perfumadas, no por que os tema sino porque os desprecia; no por lo que seáis sino porque no supisteis ser lo que, siquiera, son los perros.

Traidores, carroña desleal, vergüenza de la Patria:
¡al pudridero o al destierro...!

diciembre



Concordato, sobradamente conocidos.

El espíritu de conservación de los Estados, aun el de aquellos más levíticos, comprende que la población monástica es una plaga parasitaria que consume, dadas sus naturales disposiciones gastronómicas, la mayor parte de los alimentos del país, restándoselos a la economía fisiológica de la clase trabajadora; y comprende además que la holganza que sus reglamentos les imponen, les coloca en situación ventajosísima para corromper políticamente la ingenua conciencia de las democracias laboriosas, y lanzarlas en situaciones oportunas contra la propia organización social de que forman parte, desencadenando una guerra civil.

Por eso el instinto defensivo de los Estados concierta los Concordatos y pone límite a las instituciones monásticas en su establecimiento y funciones, defen-

FRANCISCO BAÑULS, S. A.

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA Y TELEFÓNICA: B A D O S E M A



Correas - Gomas
Amiantos - Sierra Cinta
Empaquetaduras
Accesorios Industriales
Lubrificantes
CHARMING OIL
Teléfono 14.982

C. Periodista Castell, 9
(Entre Avda. Amalio Gimeno y C. Ribera)

Valencia

Tableros
Chapas
Maderas

Fernando Cortés

Exportación

Importación

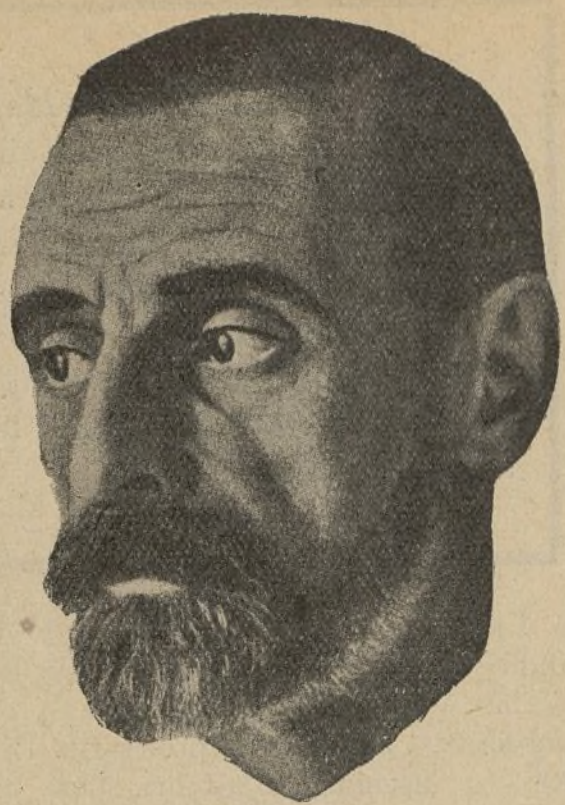
ESPECIALIDAD EN CHAPAS

FANTASIA - GRAN SURTIDO EN NOGAL

Angel Guimerá, 5 Teléfono 12.823 VALENCIA

Ayuntamiento de Madrid

LOS RESPONSABLES



CAMBÓ

Para el «fascio» iba a dar su dinero, ese dinero sombrío y sospechoso como todo lo suyo, que antes sirvió para pagar la edición de la Biblia en catalán. Es el culpable del empréstito Morgan firmado por su lugarteniente Ventosa. Es el responsable de cuanto ahora, ocurra en la Bolsa. Es el del corcho, el de la Chade, este Gran Camelo de España...

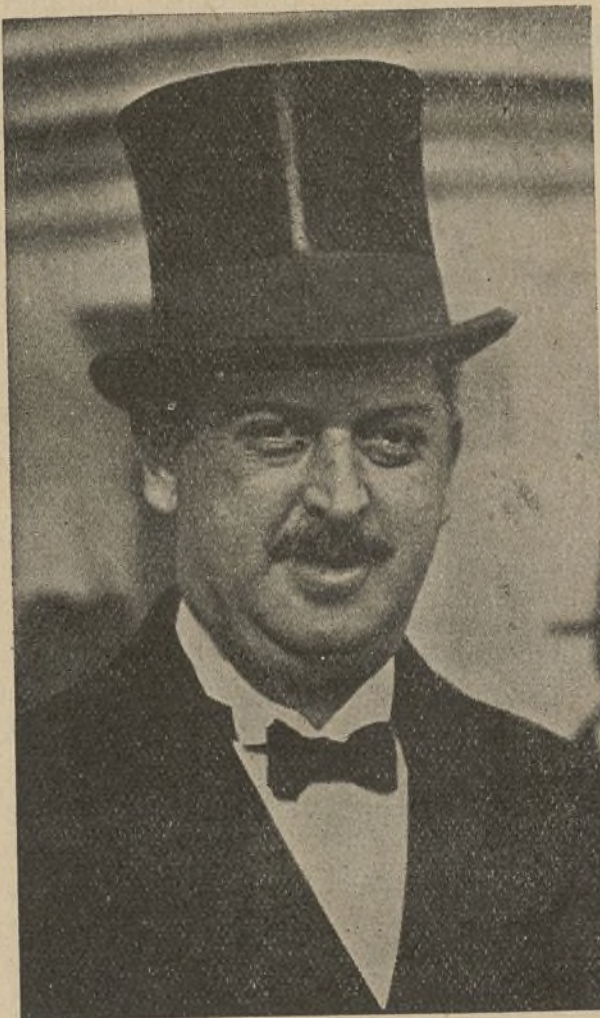


ALFONSO DE BORBÓN

Ex-rey de España. No ha huído a Londres, sino a París, esto es, a veintisiete horas de su antiguo dominio. No ha renunciado a sus derechos sino que ha esquivado el procesamiento. Piensa volver, y va a conspirar con sus millones, sus militares fieles, sus obispos, sus banqueros, casi todos los cuales están en España. Cuidado con él y duro con ellos.

Es indispensable que el Gobierno de la República afronte rápida y enérgicamente las responsabilidades. De ellas, hizo bandera el país para traer la República y no debe ser demorada la liquidación de una deuda que la Monarquía borbónica y sus secuaces tienen contraída con el pueblo.

Quienes robaron, humillaron, prostituyeron, vilipendiaron y esclavizaron al pueblo, deben pagar sus delitos inmediatamente.



EL CONDE DE LOS ANDES

No se olvide que han huído don Alfonso y sus esbirros — menos don Dámaso, acorralado por la policía — tanto para salvarse como para conspirar contra el pueblo y ver la manera de hurtar a éste la justicia que demanda.

Al Gobierno de la República compete que esa justicia se cumpla, evitando a toda costa más fugas y la emigración de capitales formados con el producto del saqueo a la riqueza nacional.

¡Responsabilidades!



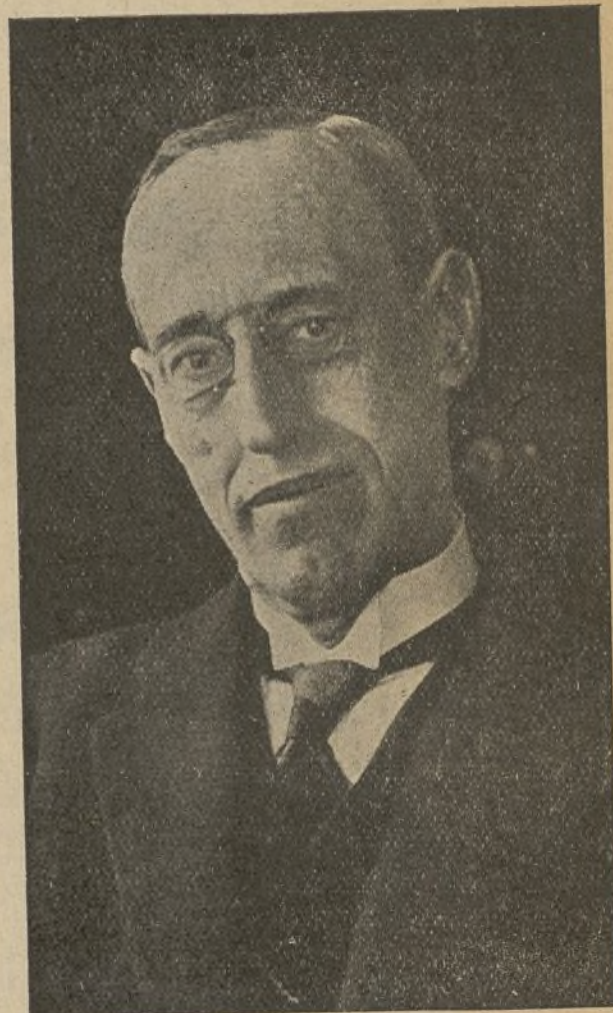
BERENGUER

El Cubano, el jesuita de la Isla—Mola también lo es, de Filipinas—, el general de los tusilamientos. El cabeza de familia más funesto—después de los Bonnes, los Berenguer—que padecía España. Envidioso de Silvestre, dejó que en África fuesen degollados trece mil soldados inocentes. Cobardón, lloraba aquella noche en que los moros llegaron a las puertas de Melilla. Pasará a la Historia como matarife de Galán y de García Hernández



GUADALHORCE

Decir Guadalhorce es verter en el aire la inmoralidad «técnica» que destruyó a España bajo la primera dictadura. Él entregó el dinero del pueblo a todos los señoritos ingenieros y contratistas salidos de las cavernas de Deusto. Él convirtió el territorio español en una orgía de kilómetros de botín. Cuando se revise su obra se verá que no hay solamente en ella pillaje y desenfadada estafa, sino atentados horribles contra la vida de los pasajeros de trenes, de los caminantes, de los obreros de las fábricas, los puertos, los túneles, las minas...



CASTEDO

Un «capitán de industria» metido a ministro de Economía. Compinche de Gay, de Soto Reguera, de Vellando, de García Guijarro, del Marqués de la Frontera; «aduanero» de aquella Dictadura de las francachelas y del «viva la mujer española». Sus amigos andan por aquí cerca, enriquecidos con patentes, consorcios, Cámaras especiales, permisos de importación, contrabandos legalizados. Pero él: el cinico mujeriego, ¿Dónde está?

LONAS Y TOLDOS VALERO
 AVENIDA DEL PUERTO 39 VALENCIA
 TELEFONO 12255

MARCA REGISTRADA

TRILLADORAS

IMAD

DE TRIGO, ARROZ, CEBADA, ALUBIAS, etc.

Quemadores de aceites pesados para hornos

AMASADORAS DE PAN - MÁQUINAS PARA MOLINOS DE ARROZ -
 DESCORTEZADORA DE CACAHUETE Y RICINO - MOLEDORAS DE PIENSOS

IMAD

Apartado, 21 - VALENCIA Talleres y Oficinas:
 Telegramas IMAD Camino de Barcelona, 20

MUNDO

El periódico árabe *El Haliath* habla de la venta de niños en Palestina al precio de cincuenta e incluso de veinticinco libras esterlinas. Este comercio de seres humanos lo provoca la terrible miseria de la población campesina, lanzada al hambre por la codicia imperialista.

Una meta y dos caminos

El Hombre contra el dinero

A través de toda la enmarañada variedad de matices y programas políticos que se observa en el mundo, dos son los caminos que, en verdad, conducen a las gentes hacia el logro de sus conquistas básicas. En el fondo, toda la dogmática política de cualquier partido tiende a cimentarse sobre una de estas dos premisas:

Por un lado: El dinero—Rey.
Por el otro: Los pueblos—El Hombre.

Ya está dicho:
El dinero sobre el Hombre.
o
El Hombre sobre el dinero.
Sobre esto se construye un enorme edificio de disimulo, engaño o perfidia. Sinceramente no caben más que estas dos supuestas causas de toda la superestructura política. No es el matiz el que diferencia a los nombres, sino su raigambre social.

Lo hemos visto en casos de peli-

con la cooperación inconsciente del pueblo hambriento: el mercenario, bien pagado, al servicio de sus tiranos. ¡Terrible paradoja, pero así es! El hambre en defensa de sus causantes.

En el aspecto internacional se caracteriza por la lucha de pueblos agrupados: Europa y América contra Rusia. Londres contra Moscú. Más claro: coalición de todos los que tienen miedo y tiemblan ante la agitación del mundo moderno, contra la unión del pueblo trabajador, que produce, lucha y trata de conquistar—en medio de grandes errores, pasiones desbordantes y fervor místico—, sin libertad por la solidaridad grandiosa del esfuerzo. Ya tenemos planteado el problema: Plutocracia. Socialismo.

Inglaterra y América. Dos procedimientos de lucha.

La próxima guerra quizá no sea de Estados, sino de clases. El dinero trata por todos los medios de vencer al hombre, de dominarlo, de adecuarlo a sus deseos, para su ventaja exclusiva.

En verdad, lo que está en lucha son tres economías: la americana, de tipo plutocrático declarado; la inglesa, o Europa, que corresponde al tipo de economía atrasada, manchesteriana, y la rusa, de franca construcción socialista.

El Estado Americano se sirve de los métodos imperialistas, absorbentes, dominando los países a la vez que les ayuda a enriquecerse. Primero manda sus capitales, luego sus hombres, sus tropas, si no en plan de conquista por lo menos con miras de policía. El Estado británico empieza por enviar como heraldo sus soldados y marina de guerra, después sus comerciantes, protegidos ya por la fuerza. Ultimamente, al ver que fracasaban sus armas de viejo imperialismo militar, intenta, con Francia, coaligar las economías y Estados Europeos contra la economía rusa. Así, abatiendo a esta última, domina la potencia soviética y controla Europa y el Asia. Siempre, y en todo momento, el dinero contra el hombre.

Valois, el ex fascista francés, sugiere en su libro del mismo título que este trabajo, muchas cosas, que aprovecho, claro está, en sentido distinto.

Contra el comunismo, Inglaterra, Europa, dice: la fuerza.

América opina de otra manera: a la sola fuerza opone los salarios altos.

Europa, para influir políticamente, emplea sus viejos métodos de corrupción directa. América asocia a sus empresas los hombres políticos y hombres de negocios a la vez. Para ésta, la política es un negocio más. Completamente integral: hombres y Estado al servicio de su economía.

El sistema americano excluye, en parte, el nacionalismo fascista porque no le conviene a sus fines. Wall Street necesita valorizar el planeta, gobernar el mundo por medio de una plutocracia organizada, dominando y convirtiéndose en su acreedor único y poderoso. Su acción

imperialista es algo disimulada. Extiende su red de financieros, industriales, técnicos e intelectuales, haciendo presión sobre los hombres políticos de todos los matices.

Tenemos dos ejemplos típicos en Francia: Finaly y Coty. Finaly es un formidable financiero, gran animador económico, moviéndose entre un estado mayor de jefes económicos de gran rango, aliados a los hombres políticos más representativos. Coty es un perfumista, sin gran vista económica, obrando sobre mercenarios reclutados en bajos fondos políticos y sociales, y usa de la amenaza, el chantaje y las milicias armadas.

Así como el imperialismo americano vence al par que enriquece, el europeo vence dividiendo y arruinando a las personas rivales. Inglaterra y Francia quieren lanzar a las naciones europeas contra la Rusia soviética; pero como encuentra alguna oposición en los sindicalistas, socialistas y algunos republicanos, trata de deshonrarlos, les descalifica, los elimina por la acción legal, por la policía, por el abuso de la fuerza gubernamental. Coty ha comprado el *Gaulois*, *Figaro*, *Debats*, *L'ami du peuple* e influido económicamente sobre la *Action Française* y muchos otros periódicos de provincias. De esta forma domina gran parte de la opinión, lanzando mentiras y sembrando la discordia entre los ciudadanos.

Inglaterra, que hace algún tiempo tomó el partido de los pueblos contra los reyes, en la actualidad es el refugio de realidades abatidas, aristocracias declinantes y burguesías fatigadas.

Tanto los métodos europeos como los americanos convergen en un mismo deseo: el de eliminar todo esfuerzo que tienda a la supremacía del hombre sobre el dinero. A salvar un sistema económico en decadencia y corroído por la crisis, aunque para ello se hunda la humanidad.

Fascismo y sindicalismo.

La estructura económica del fas-

cismo es un burdo remedo de la organización sindical revolucionaria con miras a desorientar y envilecer el movimiento proletario. Pretenden asentar su sistema sobre una economía intermedia antiliberal y anti-comunista, una especie de economía dirigida por un Estado fuerte, superando, según ellos, el socialismo por su adecuación al medio actual. Es decir: antiutópica. Disimulado entre su palabrería disonante y fuerte se atisban algunos proyectos atrevidos, como expropiación y nacionalización de las tierras, potenciación del trabajo, exaltación del esfuerzo. Pero todo queda neutralizado con la intención política que lo preside. Todo su radicalismo palabrero lo dirigen, principalmente, a demostrar la necesidad de la disciplina, respeto y exaltación de jerarquías. El sindicalismo fascista es sólo atrevido en su expresión, y reaccionario, troglodítico, feudal en su fondo. El sindicalismo revolucionario es todo lo contrario. El primero es de tipo imperialista, absorbente, dominador, patriótico, jerárquico. El segundo es antipatriota, antimilitarista, internacionalista, democrático puro. El fascismo intenta retrotraernos a la lucha de razas antihumana y bárbara, oponiendo la casta a la humanidad. El sindicalismo, como el socialismo, pretende abolir las castas, igualar y confundir políticamente las razas, sin privilegios de nacimiento, estrechando, acercándolas, y elevar las más atrasadas. El uno es guerrero, antipacifista, de tipo bélico exultante; el otro es pacifista, exaltador de la sensibilidad hacia la exquisitez y el amor. El primero disgrega, destroza; el segundo armoniza, une.

El nacionalismo hitleriano no debe engañar a nadie. No puede haber, en pura teoría, socialismo nacionalista, sino internacionalista universal. Ni socialismo guerrero con miras imperialistas y limitadas. Es pura revancha, venganza.

En el fondo, el fascismo teórico no es más que un servidom disfrazado del dinero, de un capitalismo mal orientado y en vísperas de desaparecer. El camino de la demokra-



A una parte los mantenedores de lo viejo, lo caduco, los que intentan imponerse por la fuerza del dinero, sirviéndose del Estado como medio de dominación política. Los conservadores de las energías de los demás.

A la otra parte, los hombres de un orden nuevo, los jóvenes, los obreros, los que pretenden apoderarse del Estado y marcar el rumbo de una nueva recta social que garantice la justa redistribución de las energías y de sus resultados.

Dos divisorias perfectamente definidas, buscando un punto final de confluencia que las armonice.

Capitalismo.
Obrerismo.

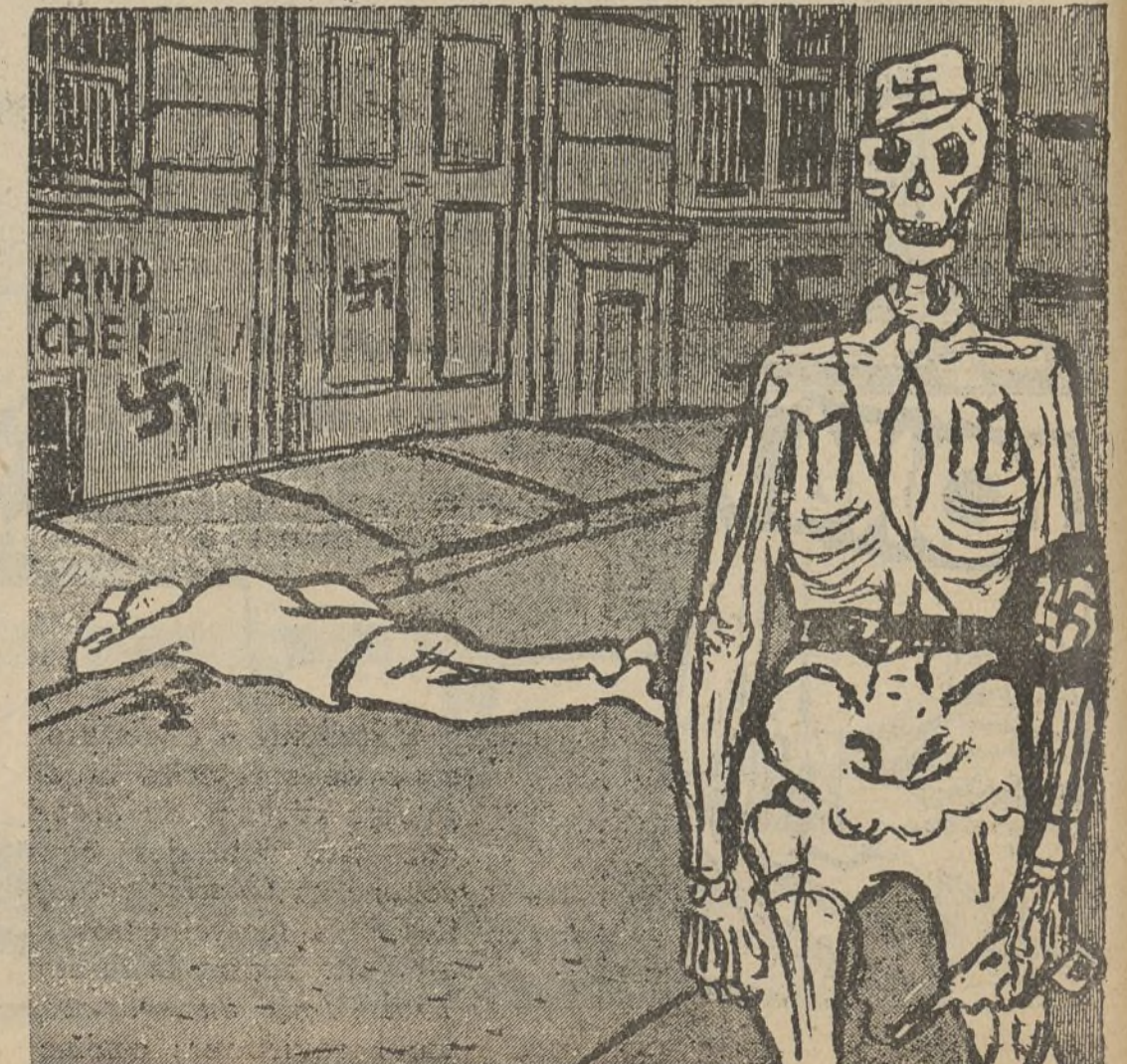
Dos trayectorias que, cuando se encuentran, se repelen, luchan, entran en colisión, sin pensar que no son antinómicas, opuestas, sino, por el contrario, una misma cosa, solidaria, imprescindible. La oposición está en las personas, no en los conceptos. La oposición se establece en los programas, en los caudillos, en la intención equivocada o malsana de los hombres.

Son dos morales distintas: la del que quiere acaparar esfuerzo e inteligencia en beneficio exclusivo de una clase, y la del que piensa liberar el trabajo y el saber, poniéndolo a disposición de todos. Una conduce a la hostilidad, la otra, a la solidaridad. Una reprime; otra expande. Una es estática; la otra, dinámica. Una, conserva; la otra revolucionaria.

gro. Ante un enemigo que amenaza con subvertir el orden social, quedan borradas todas las diferencias ideológicas no básicas; los matices se confunden en un solo manchón aglutinante. El que posee algo se une a los de su grupo; el que no posee se solidariza con los suyos. En el medio, una cuestión de fuerza. Nunca la persuasión.

En el Mundo se está fraguando la revolución más grande que han registrado los tiempos. El chisporroteo ruso ha tenido la virtud de obligar a colocarse las fuerzas sociales en línea de defensa. El combate se avvicina. El enemigo toma posiciones: se agrupa, hace alguna salida. Cada uno emplea los métodos que puede. Sin tapujos. A la descarada.

Los mismos programas políticos tienden a la síntesis. Desde la derecha reaccionaria hasta la izquierda conservadora forman un sólo bloque con un denominador común: el fascismo. Es decir: la plutocracia en plan de guerra. Todavía hay algunos políticos con un resto de pudor, que se traduce en varios intentos de democratizar al capital. Inútil. La democracia verdad no les conviene. Es el medio en donde con más rapidez perderán su posición, precisamente por la supremacía numérica y justeza moral del enemigo. Hay, pues, que ganar la batalla en otro campo; es necesario construir una fortaleza que resista los embates duros de los desposeídos: un Estado fuerte, autocrático, apoyado sobre capital abundante y



cia, de la forma evolutiva hacia los estados avanzados, queda cortado con el antidemocratismo fascista. Es el último reducto y la última salida del que se resiste a perecer.

En España tenemos tres métodos y un solo camino. Vulgares remedos de lo extranjero. El método americano, simbolizado en Cambó, pero con la diferencia de que en vez de tratar enriquecer al país para dominarlo, aprovecha el dinero para robarlo, para envilecerlo. El método europeo, encarnado por el jesuitismo y la gobernación estulta, comprando la prensa para dominar la opinión—estilo Coty—y corrompiendo las conciencias por el soborno y la difamación policiaca. Y, finalmente, el método fascista, todavía incipiente, cuyos cuadros están apoyados y organizados por la plutocracia y todas aquellas instituciones en trance de muerte. Aquí vemos claro que el fascismo, aunque declara no importarle la forma de gobierno, se inclina abiertamente hacia la monarquía, hacia todo aquello que signifique fuerza, jerarquía, autoridad, unidad férrea y disciplinada, antidemocracia, en suma. No sé lo que pasará si con la ayuda del dinero consiguen formar alguna milicia mercenaria. Es posible que logren encontrar gente hambrienta que se ocupe en sus filas por una soldada. La necesidad hace pocos distinguos a las ideas. Pero de cualquier manera que sea, a la acción violenta, absurda y de defensa del dinero, la clase obrera le responderá como merece a métodos y procedimientos de tipo bárbaro.

Es el hombre el que debe sobreponerse al dinero. Y a esto va el socialismo.

Rusia. La síntesis.

La economía rusa, la de tipo socialista, es la antítesis de la plutocracia. Es el hombre sobre las cosas, el hombre contra el dinero. Mejor dicho: el hombre dirigiendo su economía y capitalizando su esfuerzo en beneficio colectivo. Es la emulación del trabajo, superándose por dominar la naturaleza, por la técnica, para ofrecerla a la Humanidad en sus resultados. Contrariamente a Europa y América, su intención es la de manumitir a los pueblos oprimidos, borrar el odio de razas, levantar a los pueblos contra la explotación de las metrópolis y tratar de asentar la gobernación del mundo sobre bases justas y desinteresadas. Rusia también tiene su método. En el interior—durante la dictadura en el período transitorio—elevar rápidamente la construcción del edificio socialista, libertar la economía para que pueda libertarse el hombre. En lo exterior, fomentar la independencia de los sometidos, con el fin de cortar las extremidades de los grandes imperios. Pero no corrompiendo en beneficio de una clase exclusiva, sino libertando, aclarando, emancipando las conciencias y dirigiéndolas hacia rumbos luminosos de grandeza moral. En lo social, ilustrando a las masas con su experiencia y evitar que la explotación se prolongue.

Libertando al hombre de la tiranía del dinero se conseguirá la admirable síntesis de la economía y del hombre, del capital y del trabajo, del esfuerzo y el resultado. Así, la clase obrera, al borrar esta diferencia ominosa y absurda, habrá conseguido, al libertar la economía y mandar en el dinero, libertar la Humanidad entera, incluyendo sus propios enemigos.

Este gesto de grandeza no es capaz de comprenderlo la casta, la clase que, apoyándose en el privilegio, mantiene, con su dinero, la esclavitud en el mundo.

MARÍN CIVERA.



La cifra en el alma

El labrador

A pesar del lamentable abandono en que los poderes públicos le tuvieron, es todavía nuestro labrador el verdadero padre de la patria y la piedra angular de nuestra economía. No puedo ocultar mis preferencias sentimentales, mi fe y mi amor al campesino. Frente a la opinión desdeñosa, generalmente ignorante, con que algunos discuten al hombre rural, al palurdo, al pueblerino, yo puedo proclamar por experiencia directa el testimonio de su valor potencial inagotable. Cuando se le ha mantenido durante siglos en la ignorancia, en el abandono, en la miseria y en la esclavitud, no pueden esperarse frutos maduros de ciencia, simpatía, sociabilidad y aptitud para la democracia.

Empero, los siglos de oscurantismo resbalaron por la superficie de su conciencia sin echar en ella muy profundas raíces, de suerte que basta saber escarbar hondo, para descubrir los miles de años de civilización que fueron dejando en el vaso de su alma el gran valor potencial del ciudadano ibérico.

Lo que pasa es que nadie o muy pocos se han llegado a ellos con el alma ingenua, limpia de taimadas ambiciones, con el propósito de invocar a ese tesoro oculto de su psicología milenaria. No es posible que pasen los miles de años por una raza, sin dejar en ella el germen de grandes posibilidades para la civilización. El caudal está ahí, a flor de alma; sólo faltan los zahoríes inspirados que busquen y alumbren el chorro abundante de sus aguas subterráneas; pero de esto hablaremos otro día.

Lo que no cabe discutir es la importancia del labrador en la economía nacional española. En números redondos y con la precisión aproximada que estos cálculos lo permiten, puede estimarse en 22 a 25 mil millones de pesetas, al cambio normal, el importe de la riqueza anual que producimos entre todos los españoles. Pues bien, de ellas, alrededor de diez millones, es decir, cerca de la mitad, son producciones inmediatas del labrador que, luego, con el tráfico, el comercio y la industria derivada, engendran gran parte del resto de la riqueza nacional. Los datos oficiales nos ofrecen las siguientes cifras de producción anual en los más importantes cultivos:

	Ptas.
Plantas hortícolas....	610 millones
Arboles frutales....	446 "
Olivares....	648 "
Viñedos....	792 "
Plantas industriales....	206 "
Raíces, tubérculos y bulbos....	860 "
Cereales y leguminosas....	4.502 "
Prados y forrajes....	457 "
Dehesas y montes....	645 "
Total....	9.166 "

Otro elemento de juicio que nos puede ayudar a comprender la importancia real de la agricultura en nuestro suelo es la estadística de la distribución aproximada de la población española, clasificada por actividades y profesiones. Según el censo de 1920, son improductivos por menores de edad, ancianos u holgazanes, unos 6.356.000 españoles, distribuyéndose las actividades del resto en la siguiente forma:

Agricultura....	4.162.000 hombres
"	319.000 mujeres

Industria....	1.680.000 hombres
"	285.000 mujeres
Comercio....	340.000 hombres
"	57.000 mujeres
Profesiones liberales....	476.000 hombres
"	80.000 mujeres

Total productores.... 7.399.000

El resto de la población holgante se clasifica como sigue:

Rentistas y pensionistas....	164.000 hombres
Rentistas y pensionistas....	65.000 mujeres
Trabajo doméstico....	32.000 hombres
"	7.146.000 mujeres
Improductivos....	3.314.000 hombres
"	3.042.000 mujeres

Total.... 13.763.000

Es decir, que de 7.399.000 trabajadores, 4.481.000 con sus familias viven de la agricultura, o sea el 60 por 100 aproximadamente de la población española.

Por si pareciese pequeña todavía después de tan elocuentes argumentos la importancia de la agricultura, tanto por el número de españoles que viven del y para el campo, como por la producción con que contribuyen a enriquecer al patrimonio nacional, aun prestan nuestros campesinos a la economía española un inmenso servicio anónimo de que no todas las personas se aperceben. En unos 50.000 puede estimarse el número de campesinos que regresan todos los años de la emigración, trayendo consigo el fruto de sus ahorros y miserias en tierras extrañas, donde acudieron en busca de buenos jornales, y estos ahorros que allá fueron trabajo y privaciones y acá son salud y riqueza, restituyen la abundancia al menguado arcón de la comunidad patria, que otros, invocando el patriotismo, empobrecían, emigrando sus capitales a las bancas extranjeras.

Prestar, por lo tanto, particular protección al fomento de la agricultura, interesarse por el bienestar y educación del campesino es más un deber de justicia que un ejemplo de magnanimidad. Desentenderse de aquel fomento, bienestar y educación, no es ya tampoco olvido perdonable, sino evidente testimonio de injusticia social y prueba de incapacidad o malicia de un régimen.

En España los problemas agrarios no merecieron hasta el día la atención que por su importancia económica y social parecen haber reclamado de los poderes públicos. Ni es absurdo sostener que al agricultor sólo se le recuerda por el cupo de la contribución territorial con que subviene directamente a las cargas del Estado, y por el lote de mozos robustos que envía anualmente a las filas del ejército. Y cuando se ha creado algún servicio de envergadura técnica, como el Servicio agronómico catastral, los ministros atendieron más a sus fines fiscales que a los grandes servicios de carácter social que pudiera haber producido de otra manera y con otros propósitos planteado. Contando con un personal agronómico competente y trabajador como el que en España abunda, siquiera la inexistencia de leyes e instituciones agrarias no les permita desarrollar hasta donde supieran y quisieran sus actividades, bien pudiera haberse emprendido, con la serenidad y estudio que estas cosas requieren, una gran reforma agraria española que hermanara, con el

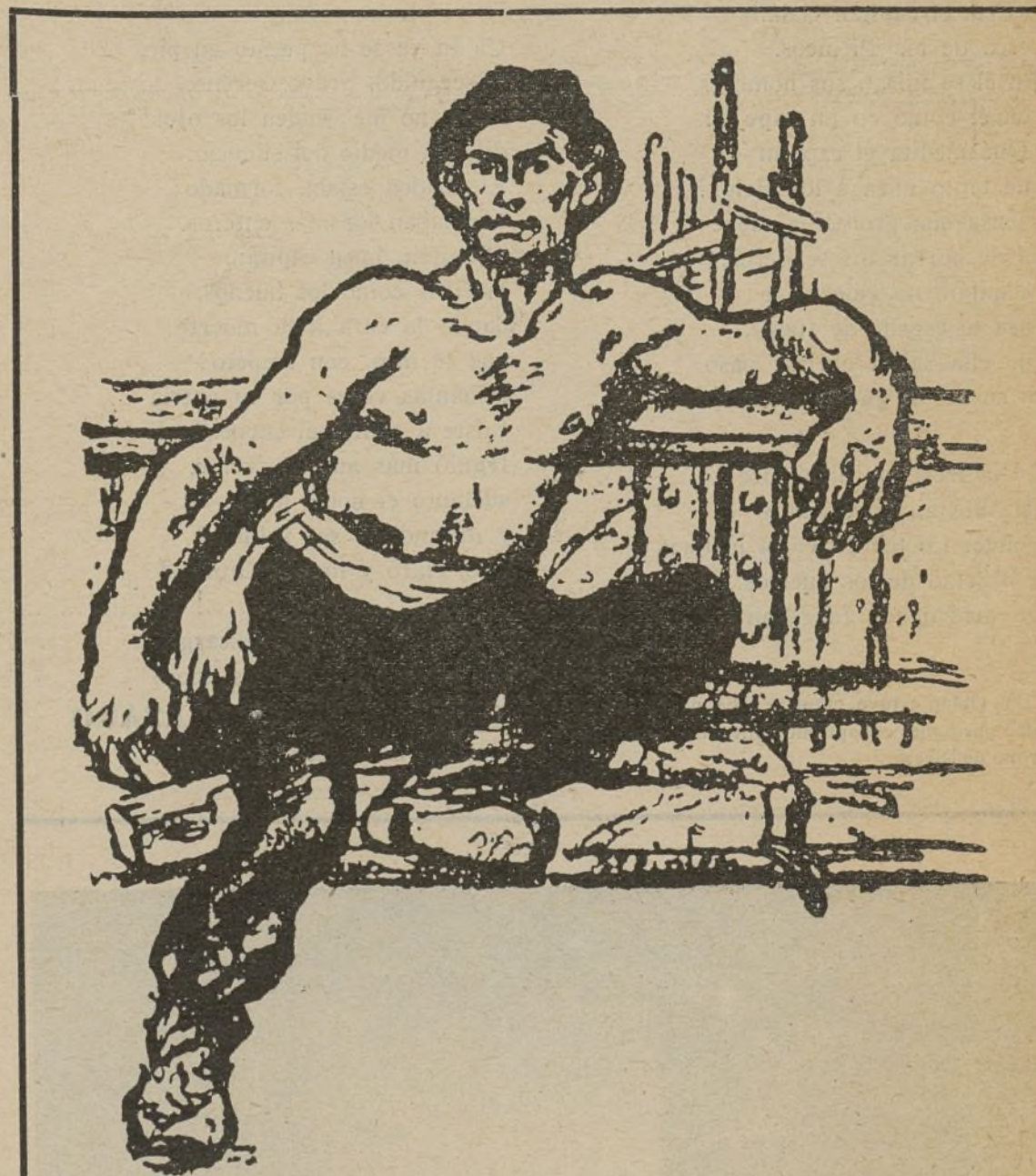
sano criterio económico-social del problema, una noble aspiración de justicia y un magnánimo sentimiento de piedad humana.

El ilustre ingeniero don Fernando Martín-Sánchez Juliá ha escrito en la Memoria que rindió sobre "La reforma agraria italiana y futura reforma española", las siguientes palabras: "España es una agricultura, y su problema fundamental consiste en lograr con una acertada política agraria, que el territorio nacional sustente una población de cuarenta millones de habitantes, y se beneficie con la multiplicación de riqueza que tal crecimiento demográfico supone. Tal es la remota perspectiva, no es la visión de un soñador. Contra el tópico corriente de los que se creen prácticos, afirmamos que ninguna causa natural invencible se opone a ello."

Así habla la voz de los técnicos, que en este caso, junto a una afirmación de la ciencia, hermana una hermosa profecía de la fe. Sin embargo, además del campesino trabajador, que lo hay—tan trabajador que apenas come y, no obs-

tante, produce—, además del técnico preparado que, indudablemente, también existe, estas reformas agrarias requieren buena voluntad en el poder público y dinero abundante, aunque bien administrado, porque dígame lo que se quiera, sin un ambiente político apropiado, todas las buenas intenciones técnicas, culturales y humanitarias naufragar en el escollo de la indiferencia gubernamental. En España, ahora como en los tiempos en que escribía sus maravillosos artículos don Alfredo Calderón, no hay dinero. Parece que resuena todavía en la lejanía del tiempo la voz del gran jurista consulto español Jovellanos; "Es preciso confesar que, si las naciones hubiesen aplicado a un objeto tan esencial como la agricultura los recursos que han empleado en otros menos importantes, no habría alguna, por pobre y desdichada que fuese que no le hubiese llevado a cabo, puesto que su atraso, no tanto proviene de la insuficiencia de la renta pública, cuanto de la injusta preferencia que se da en su inversión a objetos menos enlazados con el bienestar de los pueblos o tal vez contrarios a su prosperidad". Para escuelas, universidades, colegios, técnicos, agricultura, sanidad, cultura, vida y trabajo, sólo hubieron las duras migajas del gran banquete presupuestario. ¡No hay dinero! replicaron sucesivamente todos los ministros de la Corona. En cambio, para estériles empresas africanas, para disparatadas aventuras coloniales o guerreras, para maniobras navales ostentosas, para fundación y acrecentamiento de institutos armados (España es quizás el país que mantiene mayor cantidad de fuerza pública en proporción al número y riqueza de sus habitantes), para protección desmedida a ruinosas empresas industriales, etc., etc., para todo lo que sea ignorancia, violencia, muerte u holgazanería, siempre hallaron abundantes recursos los ministros de la Corona. Pero no les juzguemos sin clemencia: más que nuestros reproches, merecen nuestra compasión. Eran ministros, es decir, criados; y a los criados toca obedecer y callar; la voluntad libre y el mandato altanero eran prerrogativas inherentes a la persona que ejerció el señorío.

FERNANDO VALERA.



El Tesoro de la República no debe desangrarse para construir las escuelas que olvidó la Monarquía del Cerro de los Angeles. Eso sería injusto por ser demasiado generoso. Las escuelas de los hijos del Pueblo, los baños públicos, las bibliotecas del proletariado, los asilos de viejos pobres, las casas-cuna, deben salir de la depuración responsabilitaria, de millones ilegítimos amontonados al amparo de la Gaceta de Borbón, de los escándalos financieros permitidos durante las tres dictaduras. Pero, antes de comparecer ante la Ley del Pueblo, todos los responsables habrán huído y ya no podrán responder, con su libertad, de sus fortunas emigradas.

Ni lo de Annual ni lo de Xauen está liquidado. Si se amordazó al país fué para ahuyentar sus clamores de justicia y, de paso, para robarle a mansalva, con el planteamiento de colosales «affaires» cuya inmoralidad no hubiese sido posible en un régimen de publicidad.

Palabras de Indalecio Prieto, antes de ser ministro del Gobierno Provisional de la República.

diciembre

semanario de izquierdas

Romance del capitán Galán

Era el capitán Galán un capitán de los buenos; él no quería laureles, le bastaba merecerlos. Juró servir a su patria, y la sirvió allá en Marruecos. Cuando a su patria volvió juró seguirla sirviendo; así la sirvieron antes Torrijos, y Prim, y Riego... Conciencia limpia, alma serena, Galán, gala del ejército, ¡puro como las salinas que en Cádiz nacer le vieron!

Qué medita el capitán, qué meditará en su encierro, donde el afán le llevó de redimir a su pueblo (1). Ya el capitán ha salido, ya la espada le han devuelto. "¡Madre!—gritó el capitán.— Hay justicia. Tiempo al tiempo." No podía hablar la madre y sollozaba en su pecho. Era el capitán Galán un capitán de los buenos, y alzando la espada en alto y aun más alto el pensamiento, dijo: "¡Me han hecho justicia y a la justicia me debo!"

★
Está el capitán Galán cerca de los Pirineos. En él se miran sus hombres, ¡en él como en un espejo! ¿Qué medita el capitán que tanto mira a los cielos? Piensa que pronto la nieve ha de borrar los senderos. ¡Capitán, no vale nieve para tu espada de fuego, que ella sabrá abrirse paso en cuanto llegue el momento!

★
Día trece de diciembre del año mil novecientos treinta. Lo tendrá en la historia la libertad de los pueblos. De madrugada rasgaban

los clarines el silencio. ¡Salud, hermanos, que en Jaca rompen cadenas los siervos! Al grito van de "¡República!" desde el más mozo al más viejo; el militar y el paisano se dan abrazo fraterno. ¡España es que resucita como Cristo entre los muertos! Árboles, arroyos, nubes, campiñas de terciopelo, ¡hermosa tierra de España, ya es digna de ti tu pueblo! ¿Qué es aquello que reluce como un resplandor de incendio? ¡Quién podría ser sino el cielo de Prim y Riego! ¡Es Galán el capitán, gala y flor de los ejércitos! Tierras que lo veis pasar, árboles, arroyos, cielos, ¡ojalá que no tengáis pronto que llorarle muerto!

★
Le ofrecieron confesor y él respondió: "Yo no tengo más pecado que cumplir palabra que di y me dieron". Por su última voluntad le preguntó un compañero. "Dele a mi madre el abrazo que darle a usted yo no puedo".

Galán ya se ha puesto en pie, va erguido, grave, sereno. "Que no me venden los ojos", dijo en medio del silencio. El cuadro estaba formado; temblaban los más enteros. ¡Capitán, buen capitán, morirás como los buenos, dando la cara a la muerte que te mira con respeto! ¡Cuántas veces por tu patria fuiste a salirle al encuentro! Irguió más aun la frente, adelantó el noble pecho y mirando a sus soldados dijo, claro y firme: ¡Fuego!

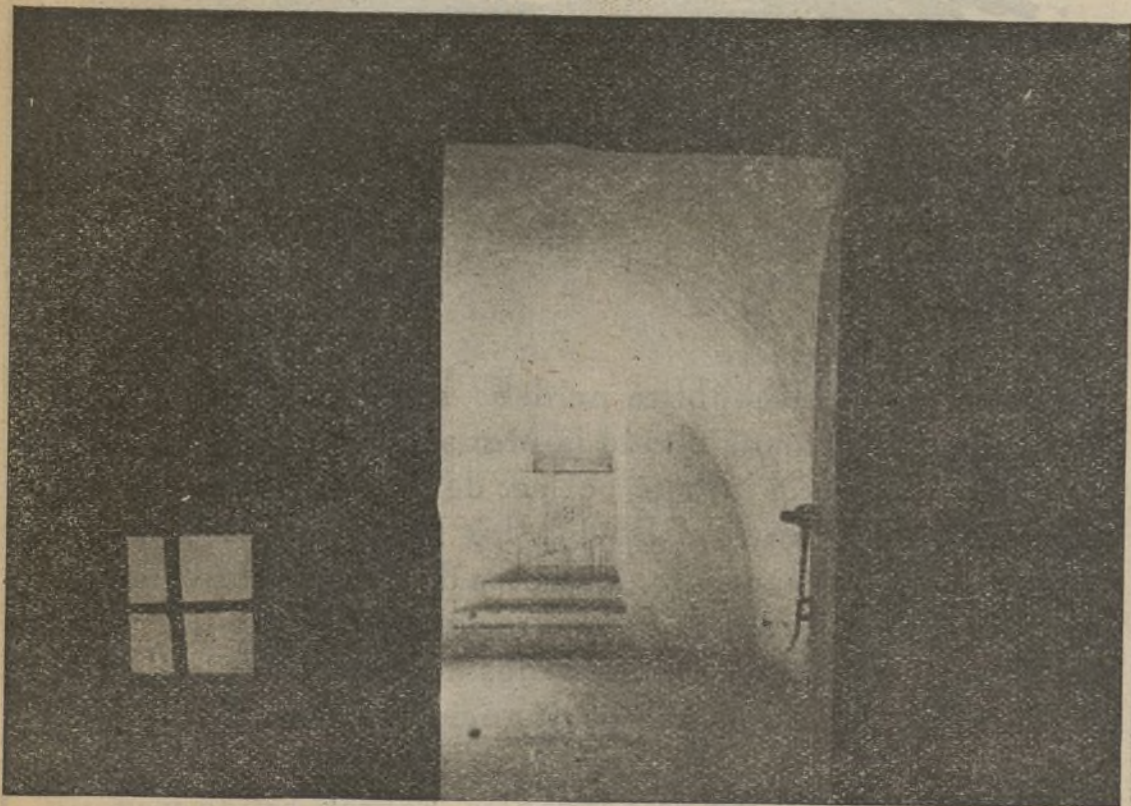
... ..
¡Ya nunca, de la descarga, han de extinguirse los ecos!

ÁNGEL LÁZARO

Madrid, diciembre de 1930.



Ahora, más que nunca, es adorable la figura del capitán Galán, mártir y creador de la República.



De esta celda que evoca los bárbaros tormentos medievales; de esta celda del castillo de Montjuich, dilecta de Martínez Anido, Arlegui y Despujols, salió el capitán Galán hacia Jaca...

¡Responsabilidades!

Calvo Sotelo, Guadalhorce, Ventosa, Castedo, Gay, Bahamonde, García Guijarro, Foronda, Urquijo, Cruz Conde, Viver, Avilés (el que fué alcalde de Valencia), Vellando, Aunós, Corral, Florestán Aguilar, Dómine, Allué Salvador, Anastasio, Delgado Barreto, Cambó, Matos; a todos esos compadres de las Dictaduras, ¿cuándo les va a procesar y detener la República?

* *

A ese can afeminado que es Albiñana se le debe deportar a Guinea, donde él quería encarcelarnos. Y, con él, España debe desarnarse exhornerando a Bayle, el director del Banco de Tarrasa; a Ramón Sales, el creador de los Sindicatos Libres; a Araoz, a Despujols, a todos los que querían ser caudillos de los verdugos de la Legión y el Fascio.